

LA TERNURA DE DIOS

Para meditar sobre la misericordia

Carlos Ayxelà (ed.)

© *Oficina de Información del Opus Dei, 2016*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	4
La misericordia en la Sagrada Escritura	
CRISTO REVELA LA MISERICORDIA DEL PADRE.....	6
<i>El Dios que busca y escucha.....</i>	6
<i>Un amor “visceral”</i>	7
<i>El Dios fiel, que sabe esperar</i>	8
<i>El rostro de la misericordia del Padre.....</i>	9
La ley de Dios y la misericordia	
“ANDA Y HAZ TÚ LO MISMO”	11
<i>“Hacerse prójimo”</i>	11
<i>El camino hacia la plenitud de la Ley.....</i>	12
<i>Para que seáis hijos de vuestro Padre</i>	13
Misericordia y apostolado	
EL CORAZÓN ABIERTO DE DIOS	16
<i>Dios mira el corazón</i>	16
<i>Amar con el Amor de Dios</i>	17
<i>Quitarse las sandalias ante la tierra del otro.....</i>	17
Misericordia y fraternidad	
CON EL CARIÑO EN LA MIRADA	20
<i>Revisar el amor</i>	20
<i>Alegrarse con los demás</i>	21
<i>Cariño.....</i>	22
<i>Formas cotidianas del perdón</i>	23
Las obras de misericordia corporales	
“A MÍ ME LO HICISTEIS”	26
<i>Llamados a la misericordia</i>	26
<i>Solidaridad en directo.....</i>	27
<i>Hospitalidad: no abandonar al débil</i>	28
<i>Creatividad: trabajar con lo que hay</i>	30

Las obras de misericordia espirituales

UNA SERENA ATENCIÓN 33

La misericordia de todos los días 33

Arropar la debilidad del otro..... 34

Enviados a consolar..... 35

Misericordia y conversión

DEVUÉLVEME LA ALEGRÍA DE TU SALVACIÓN 38

Porque no saben lo que hacen..... 38

La nostalgia de la casa del Padre 39

Devuélveme el gozo de tu salvación..... 40

Epílogo

MARÍA, MADRE DE LA MISERICORDIA..... 43

Se alegra mi espíritu en Dios 43

Los pobres de Dios 44

Hija y Madre de la misericordia..... 46

PRESENTACIÓN

«Si tenéis en vuestro corazón celo amargo y rencillas, no os jactéis ni falseéis la verdad. Una sabiduría así no descende de lo alto, sino que es terrena, meramente natural (...). En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar, pura, y además pacífica, indulgente, dócil, llena de misericordia y de buenos frutos» (*Sb* 3,15.17).

La misericordia de Dios es la sabiduría que viene de lo alto, la medicina que puede curar el mundo, porque es la única lógica que verdaderamente lo abraza. «Dios es un Padre –itu Padre!– lleno de ternura, de infinito amor»¹ –Y los hijos de Dios estamos llamados a acoger esa ternura, y a transmitirla al mundo entero, tan necesitado de comprensión, de perdón, de paz: de esa sabiduría que parece ingenua, pero que es la mirada más lúcida al corazón del hombre, porque es la mirada de Dios.

Este libro quiere ser una ayuda para continuar meditando y encarnando este rasgo central del Evangelio que el Papa Francisco nos ha animado a redescubrir durante el Año jubilar, de modo que la clausura del año Santo no sea un punto de llegada «para pasar a otra cosa, sino un punto de partida para andar con ilusión renovada por el camino de nuestro progresar cristiano»². Los escritos que recoge han ido apareciendo en esta web desde el momento en que se abría la Puerta santa en todos los rincones el mundo. Se acercan a la misericordia desde varios ángulos: la misión apostólica, la fraternidad cristiana, el pecado y la penitencia, las obras de misericordia, etc³. Desde la Sagrada Escritura, el magisterio del Papa Francisco y de sus predecesores, y las enseñanzas de San Josemaría, aportan elementos para la meditación, y sugerencias para la vida de cada día, porque la llamada a ser «misericordiosos como el Padre»⁴ está siempre a la vuelta de la esquina.

La misericordia no es una mirada edulcorada al Evangelio: es el Evangelio, con toda su radicalidad. Con la misericordia, «o se va hasta el fondo o no se entiende nada»⁵: a quien calcula y pone demasiadas condiciones se le escapa el amor como el agua entre las manos. Durante este Año jubilar hemos procurado dejar que Dios dilate nuestro corazón⁶. Ahora se trata de seguir ese camino, porque «la caridad nunca acaba» (*1 Co* 13,8).

De la mano de Santa María, Madre de la misericordia, vayamos a recoger agua del «pozo de la oración»⁷ y de la Reconciliación: a recibir la misericordia «que viene de lo alto», para poder darla después a manos llenas, sin armar ruido, a quienes nos rodean; para llevarles la caricia de Dios.

Carlos Ayxelà (ed.)

* * *

1. San Josemaría, *Forja*, 331.
2. Javier Echevarría, Carta pastoral, Noviembre 2016.
3. Las sugerencias de Guillaume Derville y Rodolfo Valdés han sido una ayuda valiosa en la concepción y edición de estos textos. Inestimable también el buen hacer de Tadeo López, sin el que este *e-book* no habría visto la luz.
4. Cfr. *Lc* 6,36; Francisco, Bula *Misericordiae Vultus* (11-IV-2015), 13.
5. Francisco, Meditación en el Jubileo de los sacerdotes, 2-VI-2016.
6. Cfr. *Sal* 119 (118),32.
7. Francisco, Homilía, 24-XII-2015.

CRISTO REVELA LA MISERICORDIA DEL PADRE

La misericordia en la Sagrada Escritura

De entre los diálogos de Dios con Moisés que recoge el libro del Éxodo, hay una escena rodeada de misterio en la que este pide al Señor que le muestre su rostro. «Podrás ver mi espalda», responde el Señor, «pero mi rostro no se puede ver» (*Ex 33,23*). Llegada la plenitud de los tiempos, Felipe hace esa misma petición a Jesús, en una de esas conversaciones llenas de confianza que los apóstoles tenían con el Maestro: «Señor, muéstranos al Padre» (*Jn 14,8*). Y la respuesta del Dios encarnado no se hace esperar: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (*Jn 14,9*).

Jesucristo revela al Padre: cuando meditamos los Evangelios es posible descubrir los rasgos de Dios —entre ellos, y de modo eminente, su misericordia— plasmados en la sencillez de las palabras y de la vida de Jesús. La misericordia divina, que Dios había ido mostrando a lo largo de la historia del pueblo elegido, resplandece en el Verbo encarnado. En Él, «rostro de la misericordia del Padre»¹, se realiza de lleno aquella tierna plegaria que el Señor había enseñado a Moisés, para que los sacerdotes bendijeran a los hijos de Israel: «El Señor te bendiga y te guarde, el Señor haga brillar su rostro sobre ti y te conceda su gracia, el Señor alce su rostro hacia ti y te conceda la paz» (*Nm 6,24-26*). En Jesús, Dios hace brillar definitivamente su rostro sobre nosotros, y nos concede la paz que el mundo no puede dar².

El Dios que busca y escucha

La misericordia de Dios se deja entrever desde las primeras páginas del Génesis. Tras su pecado, Adán y Eva se esconden entre los árboles del jardín, porque sienten su desnudez, y ya no se atreven a mirar a Dios a los ojos. Pero el Señor sale enseguida a su encuentro: «si en ese momento, con el pecado, inicia nuestro exilio de Dios, hay ya una promesa de vuelta, la posibilidad de volver a Él. Dios pregunta enseguida: “Adán, ¿dónde estás?”, lo busca»³. El Señor les anuncia ya entonces el futuro triunfo sobre el linaje de la serpiente, e incluso les hace unos vestidos de pieles como manifestación de que, a pesar de su pecado, su amor hacia ellos no se ha extinguido⁴. Dios cierra a sus espaldas la puerta del paraíso⁵, pero abre en el horizonte la puerta de la misericordia: «Dios encerró a todos en la desobediencia, para tener misericordia de todos» (*Rm 11,32*).

En el libro del Éxodo, el Señor actúa con decisión para liberar a los israelitas oprimidos. Sus palabras a Moisés desde la zarza ardiente se proyectan, como las del Génesis, en los siglos: «He observado la opresión de mi pueblo en Egipto, he escuchado su clamor por la dureza de sus opresores, y he comprendido sus sufrimientos. He bajado para librarlos del poder de Egipto» (*Ex 3,7-8*). ¡Qué ejemplo para nosotros, a veces lentos en escuchar y en poner por obra lo que los demás necesitan de nosotros! Dios es un Padre bueno, que ve la tribulación de sus hijos, e interviene para darles la libertad. Una vez pasado el mar Rojo,

en el marco solemne del Sinaí, el Señor se manifiesta a Moisés como «Dios misericordioso y compasivo, lento a la cólera y rico en piedad y verdad» (Ex 34,6) ⁶.

Un amor “visceral”

El Salmo 86 repite casi al pie de la letra esas palabras del Éxodo: «*Deus miserator* (rajum) *et misericors* (janún), *patiens et multae misericordiae* (jésed) *et veritatis* (émet)» (Sal 86 [85],15). En su traducción de la Biblia al latín, san Jerónimo optó por traducir tres conceptos hebreos con tres términos casi sinónimos, derivados de la palabra “misericordia”. Realmente, estos conceptos están entrelazados, pero cada uno de ellos aporta unos matices que conviene desmenuzar si queremos apreciar la realidad de la misericordia de Dios, que no se agota en una sola palabra.

El adjetivo *rajum* (*miserator*), deriva de *réjem*, que significa “vientre, entrañas, seno materno” y se usa en la Biblia para hablar del nacimiento de una criatura⁷. *Rajum* describe los sentimientos de una madre por el ser que es literalmente carne de su carne. «¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré!» (Is 49,15). Dios «se enternece por nosotros como una madre cuando toma en brazos a su niño, deseosa solo de amar, proteger, ayudar, lista para donar todo, incluso a sí misma. Esa es la imagen que sugiere este término. Un amor, por lo tanto, que se puede definir en sentido bueno “visceral”»⁸. Un amor que sufre especialmente los olvidos, desprecios o abandonos de sus hijos –«Pueblo mío, ¿qué te he hecho Yo, o en qué te he molestado?» (Mi 6,3)–, pero que a la vez está siempre dispuesto a perdonarlos y a pasar por encima de esa frialdad, «porque no guarda su ira para siempre, y se complace en la misericordia» (Mi 7,18); un amor que se compadece por la situación lastimosa en la que puedan encontrarse los hijos con el correr de los años –«Yo te sanaré, te curaré tus heridas» (Jr 30,17)–, y que no cesa en su deseo de recuperarlos si se han alejado; un amor solícito para proteger a sus hijos si están siendo acosados o perseguidos: «no te asustes, Israel, porque yo te salvaré de la tierra lejana; y a tu descendencia del país de su destierro. Jacob volverá y descansará, estará tranquilo, y nadie lo hará temblar» (Jr 46,27); una acogida cordial y emocionada, receptiva al más mínimo detalle de cariño: «Venid. Comprad, sin dinero y sin nada a cambio, vino y leche» (Is 55,1). Es un amor que nos enseña a preocuparnos por los demás, a sufrir con sus sufrimientos y a alegrarnos con sus alegrías; a estar realmente cercanos a quienes nos rodean, con nuestra oración, nuestro interés, visitando a los enfermos... en definitiva, dando nuestro tiempo.

También se califica a Dios de *janún* (*misericors*). Este adjetivo, que se podría traducir por “compasivo” se deriva de la palabra *jen*, que significa “gracia, favor”: algo que se otorga por pura benevolencia, que va más allá de la estricta justicia. Expresa la actitud de Dios que se refleja en uno de los mandamientos del código de la Alianza: «si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás antes de que el sol se ponga, porque es su única ropa y con ella abriga su piel; si no, ¿con qué va a dormir? En caso contrario clamará a mí, y yo le escucharé porque soy compasivo (*janún*)» (Ex 22,25-26). Se trata de un mandato inspirado por la compasión hacia el pobre, que no ha podido pagar lo que en justicia debería: Dios no

tolera verle sufriendo, y en esa compasión –que Dios sabe inspirar a los suyos– se abre camino la verdadera justicia: «Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos» (Os 6,6). Quien conoce de verdad a Dios sabe reconocer al hermano que sufre. ¡Cuántas oportunidades de servir a los demás descubriremos si le pedimos al Señor esta mirada compasiva! El año jubilar es una buena ocasión para que, junto con otros, hagamos alguna obra de misericordia corporal en el lugar en que nos encontramos.

El Dios fiel, que sabe esperar

Este salmo dice también que el Señor es un Dios de mucha misericordia, *multae misericordiae* (*jésed*), utilizando en este caso una palabra del vocabulario familiar, que se podría traducir literalmente por “piedad”. Se refiere, sobre todo, a la bondad propia de las relaciones de los padres con los hijos, de estos con sus padres, o de los esposos entre sí. Por eso, cuando Jacob, ya muy anciano, está a punto de morir, llama a su hijo José y le pide: «jura que actuarás conmigo con piedad (*jésed*) y fidelidad; no me entierres en Egipto» (Gn 47,29). Esto es, le pide que se porte como corresponde a un hijo bueno y cumpla ese último deseo de su padre. Decir que Dios abunda en *jésed* es lo mismo que afirmar que Dios nos mira siempre como hijos: sus dones y su vocación son irrevocables⁹. «De este Dios misericordioso se dice también que es *lento a la ira*, literalmente, “largo en su respiración”, es decir, con la respiración amplia de la paciencia y de la capacidad de soportar. Dios sabe esperar, sus tiempos no son los tiempos impacientes de los hombres; Él es como un sabio agricultor que sabe esperar, deja tiempo a la buena semilla para que crezca, a pesar de la cizaña (cf. Mt 13,24-30)»¹⁰.

Por último, se afirma que la misericordia del Señor está presidida por la abundancia de verdad: *et veritatis* (*émet*). En efecto, la misericordia no es una comedia que disimula las ofensas y las heridas como si no hubieran existido: las heridas no se vendan «sin antes curarlas y medicarlas»¹¹, porque se infectarían. El Señor «es Médico y cura nuestro egoísmo, si dejamos que su gracia penetre hasta el fondo del alma»¹². Dejar que nos cure significa reconocernos pecadores, enseñarle las heridas con la disposición de poner los medios oportunos para curarlas. «¡Enseña la herida!, para que te curen a fondo, para que te quiten todas las posibilidades de infección, aunque te duela como en una operación quirúrgica»¹³. Y entonces, el Señor promete que «aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarán blancos como la nieve» (Is 1,18).

Una relación estable y serena con Dios y con los demás solo se puede construir sobre la verdad. La verdadera felicidad –escribe san Agustín, pensando en nuestra vida en la tierra y en la que nos espera en el cielo– es el gozo de la verdad, *gaudium de veritate*¹⁴. Vivir en la verdad es mucho más que “saber” algunas cosas. De ahí que el término hebreo *émet* signifique tanto “verdad” como “fidelidad”: la persona sincera es fiel, y quien desea ser fiel ama la verdad. «Una “lealtad” sin límites: he aquí la última palabra de la revelación de Dios a Moisés. La fidelidad de Dios nunca falla, porque el Señor es el guardián que, como dice el Salmo, no se duerme sino que vigila continuamente sobre nosotros para llevarnos a la vida: “No permitirá que resbale tu pie, tu guardián no duerme; no duerme ni reposa el guardián

de Israel (...). El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu alma; el Señor guarda tu entradas y salidas ahora y por siempre (*Sal* 121,3-4.7-8)”¹⁵.

En síntesis, en el Antiguo Testamento la *misericordia* divina es la acogida materna y entrañable que el Señor ofrece a quien se encuentra necesitado y reconoce la verdad de su situación –sus debilidades, errores, pecados o infidelidades–. Dios no solo lo libera de aquello que carga sobre él y lo oprime, sino que lo sana y restaura en la dignidad de hijo.

El rostro de la misericordia del Padre

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos a propósito del Verbo de la vida...» (1 Jn 1,1). Con la misma fuerza con la que fueron escritas, llegan hasta nosotros estas palabras vibrantes del apóstol al que Jesús amaba. En Jesús vio y tocó el amor de Dios, y podemos hacerlo todos los cristianos, «para que nuestra alegría sea completa» (1 Jn 1,4). Jesucristo «es la misericordia divina en persona: encontrar a Cristo significa encontrar la misericordia de Dios»¹⁶. Por eso, San Josemaría nos invitaba a no cansarnos de saborear «aquellas escenas conmovedoras en las que el Maestro actúa con gestos divinos y humanos, o relata con giros humanos y divinos la historia sublime del perdón, la de su Amor ininterrumpido por sus hijos»¹⁷.

Cristo es el buen samaritano¹⁸, que no pasa de largo ante quienes padecen cualquier necesidad, espiritual o material, sino que se conmueve y pone remedio a la desgracia. «Dios se mezcla en nuestras miserias, se acerca a nuestras heridas y las cura con sus manos; y para tener manos se hizo hombre. Es un trabajo de Jesús, personal: un hombre cometió el pecado, un hombre viene a curarle»¹⁹. Toda la vida del Señor está llena de gestos de misericordia: perdona los pecados al paralítico que descuelgan en su camilla desde el techo de la casa en la que estaba²⁰, resucita y entrega vivo a su madre al hijo único de la viuda de Naín²¹, alimenta milagrosamente a las multitudes que lo siguen, para que no desfallezcan²². «Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era sino la misericordia, con la cual leía el corazón de sus interlocutores y respondía a sus necesidades más reales»²³.

Este amor incondicional del Señor llega a su máxima expresión en su Pasión. Ahí todo es perdón a los hombres, paciencia ante nuestros pecados, palabras sin ningún regusto de amargura. Clavado al madero, se conmueve ante la confesión sincera de un ladrón –«nosotros estamos aquí justamente, porque recibimos lo merecido por lo que hemos hecho»– que inmediatamente le pide: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino» (Lc 23,41-42). Se trata de una “instantánea” perfecta de la misericordia: Jesús acoge la petición de aquel hombre necesitado de cariño, que reconoce con sencillez el mal en su vida; lo perdona, y le abre la puerta de entrada al cielo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43). La respuesta misma del Señor nos muestra que había estado esperando ese momento, como lo espera para cada uno de nosotros una vez, muchas veces. «Jesús acogía con bondad a los pecadores. Si pensamos en modo humano, el pecador sería un enemigo de Jesús, un enemigo de Dios, pero Él se acercaba a ellos con bondad, los amaba y les cambiaba su corazón»²⁴.

Al pie de la cruz estaba la Santísima Virgen. Confiados en su intercesión, nos podemos dirigir a Dios con San Josemaría que, siguiendo una inspiración divina, rezaba: «*Adeamus cum fiducia ad thronum gloriae ut misericordiam consequamur*»²⁵, vayamos confiadamente al trono de la gloria para obtener misericordia.

Francisco Varo

* * *

1. Francisco, Bula *Misericordiae vultus* (11-IV-2015), 1.
2. Cfr. *Jn* 14,27.
3. Francisco, Homilía, 7-IV-2013. Cfr. *Gn* 3,9.
4. Cfr. *Gn* 3,14-21.
5. Cfr. *Gn* 3,24.
6. Una expresión casi idéntica se repite en varios lugares de la Sagrada Escritura, especialmente en los Salmos 86(85),15 y 103(102),8.
7. Así, por ejemplo en *Ex* 13,2: «Conságrame todo primogénito de los hijos de Israel. Todo lo que abre el seno materno (*réjem*) tanto de hombres como de animales será para mí».
8. Francisco, Audiencia, 13-I-2016.
9. Cfr. *Rm* 11,29.
10. Francisco, Audiencia, 13-I-2016.
11. Francisco, Discurso, 18-X-2014.
12. San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 93.
13. San Josemaría, *Forja*, 192.
14. San Agustín, *Confesiones*, X.23.33.
15. Francisco, Audiencia, 13-I-2016.
16. Joseph Ratzinger, Homilía, Misa *pro eligendo pontifice*, 18-IV-2005.
17. *Amigos de Dios*, 216.
18. Cfr. *Lc* 10,33-35.
19. Francisco, Homilía en Santa Marta, 22-X-2013.
20. Cfr. *Mc* 2,3-12.
21. Cfr. *Lc* 7,11-15.
22. Cfr. *Mt* 14,13-21; 15,32-39.
23. Francisco, *Misericordiae vultus*, 8.
24. Francisco, Audiencia, 20-II-2016.
25. Cfr. *Hb* 4,16.

“ANDA Y HAZ TÚ LO MISMO”

La ley de Dios y la misericordia

Un doctor de la Ley se acercó en cierta ocasión a preguntar al Señor qué debía hacer para conseguir la vida eterna. En realidad, quería poner a prueba la ortodoxia de ese Rabí de Nazaret, de quien al parecer no sabía qué pensar¹. Pero el Señor no se molesta; acepta el diálogo, y le devuelve la pregunta: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees tú?» (Lc 10,26). El doctor responde con unas palabras del *Shemá Israel, Escucha Israel*, que todo israelita aprendía desde niño: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente» (Dt 6,5); y apostilla, con el libro del Levítico: «y a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19,18). En esas dos fórmulas se sintetizan toda la Ley y los Profetas², de modo que el Señor dice: «has respondido bien: haz esto y vivirás» (Lc 10,28). El doctor no esperaba que su pregunta se resolviera con esa sencillez desarmante. «Queriendo justificarse», insiste entonces con una nueva cuestión: «¿Y quién es mi prójimo?» (Lc 10,29). No se rinde el Señor, que quiere ganarse la confianza de su interlocutor. Le habla entonces al corazón, y con él a los hombres y mujeres de todos los tiempos, con su lenguaje a un tiempo llano y solemne: es la parábola del buen samaritano.

“Hacerse prójimo”

En el pobre hombre asaltado en el camino de Jerusalén a Jericó, los Padres de la Iglesia veían a Adán, y con él –porque Adán significa precisamente “hombre”– a la humanidad maltratada por su propio pecado, por nuestro propio pecado. En el buen samaritano reconocían a Jesús, que viene con paciencia a curarnos, después de que pasaran de largo quienes en realidad no eran capaces de traer al mundo la salvación. Él, en cambio, sí puede, y quiere. Así imagina una antigua y venerable homilía su encuentro con Adán –que es también encuentro con cada uno de nosotros– en su descenso a los infiernos: «Yo soy tu Dios, que por ti y por todos los que han de nacer de ti me he hecho tu hijo; y ahora te digo que tengo el poder de anunciar a los que están encadenados: “Salid”, y a los que se encuentran en las tinieblas: “Iluminaos”, y a los que duermen: “Levantaos”»³. Con Jesús, son llamados a llevar su salvación –a ser buenos samaritanos– sus ungidos: los cristianos. Como su Señor, también ellos deben vendar las heridas de los hombres y echar en ellas «aceite y vino» (Lc 10,34): deben ser buenos posaderos hasta la vuelta del Samaritano. «Esa posada, si lo advertís, es la Iglesia. Ahora es posada, porque nuestra vida es un ir de paso; será casa que nunca abandonaremos, una vez que hayamos llegado sanos al reino de los cielos. Mientras tanto, aceptamos gustosos la cura en la posada»⁴.

Este es el horizonte que el Señor quiere abrir al doctor de la Ley, y con él a todos los cristianos, y a todos los hombres. No le reprocha su estrechez: le hace pensar primero, y después, soñar: «Pues anda (...), y haz tú lo mismo» (Lc 10,37). Como sucede con frecuencia

en los Evangelios, es bueno no pasar demasiado de prisa sobre la concisión del relato. La respuesta a la pregunta de Jesús –«¿quién fue su prójimo?»– resulta ciertamente obvia: «el que tuvo misericordia con él» (Lc 10,37). Lo que no es evidente, en cambio, es *por qué* el Señor hace esa pregunta, que da la vuelta al planteamiento del doctor de la Ley: «Jesús invierte la perspectiva: no se trata de reconocer al otro como mi semejante, sino de ser capaz de hacerme semejante al otro»⁵. Ante una actitud estrecha, que delimita el campo de acción para hacer el bien –sopesando por ejemplo si los demás pertenecen a mi grupo, o me devolverán después el favor–, el Señor responde invitando a levantar la vista, a ser él mismo prójimo.

La palabra *prójimo* pasa así, de calificar a un tipo de personas que merecerían mi atención, a convertirse en una cualidad del corazón. Pedagogía de Dios, que da la vuelta a la pregunta ¿a quién hacer el bien?, y así la transfigura: lo que era materia de discusión y casuística en las escuelas rabínicas –dónde estaba el límite, hasta dónde tenía que compadecerme de los demás– se convierte en un reto audaz. El cristiano, decía san Juan Pablo II, «no se pregunta a quién debe amar, porque preguntarse “¿quién es mi prójimo?” ya implica poner límites y condiciones (...) La pregunta legítima no es “¿quién es mi prójimo?”, sino “¿de quién debo hacerme prójimo?”. Y la respuesta es: “cualquiera que sufra necesidad, aunque me sea desconocido, se convierte para mí en prójimo, al que debo ayudar”»⁶. Es la *proximidad*⁷, neologismo del Papa Francisco que nos recuerda nuestra vocación a ser *próxim*os a nuestro prójimo, a ser «islas de misericordia en medio del mar de la indiferencia»⁸.

El camino hacia la plenitud de la Ley

Se podría decir que este diálogo con el doctor de la Ley compendia el camino que lleva desde las enseñanzas morales del Antiguo Testamento hasta la plenitud de la vida moral en Cristo. Y es que, como recuerda san Pablo, la Ley del Pueblo Elegido es buena y santa⁹, pero no definitiva. Se ordenaba, sobre todo, a preparar los corazones para la llegada de Nuestro Señor.

La pregunta del fariseo –«¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?» (Mt 22,36)– parece reflejar cierto agobio ante la multitud de preceptos que, con una visión legalista, se habían ido introduciendo en la vida religiosa israelita. En otro momento, Jesucristo se queja de los doctores de la Ley «porque imponéis a los hombres cargas insoportables, pero vosotros ni con uno de vuestros dedos las tocáis» (Lc 11,46). Aún más, en ocasiones las tradiciones humanas habían acabado por ser una excusa para no sujetarse a un mandato divino: así, el Señor denuncia la actitud de quienes se escudaban con las ofrendas del Templo para no ayudar a sus padres (Mt 15,3-6).

Por eso, Jesucristo apunta a lo fundamental: el Amor a Dios y al prójimo. De este modo, se cumple lo que dice de Él mismo: que no ha venido «a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolirlos sino a darles su plenitud» (Mt 5,17). La Alianza que Dios había sellado con su Pueblo incluía unas prescripciones que no tenían el sentido original de imponerles cargas sino, muy al contrario, el de llevarles por caminos de libertad: «Hoy

pongo ante ti la vida y el bien, o la muerte y el mal. Si escuchas los mandamientos del Señor, tu Dios, que yo te ordeno hoy (...), entonces vivirás y te multiplicarás: el Señor, tu Dios, te bendecirá en la tierra que vas a tomar en posesión» (Dt 30,15-18).

La tierra prometida a los hebreos es una figura de la tierra interior en la que los hombres y mujeres de todos los tiempos podemos entrar, si vivimos en su auténtico sentido los mandamientos del Señor. Son una puerta para llegar a la comunión con Dios, porque fuera de ella cualquier otra tierra resulta inhóspita: «lo que se necesita para conseguir la felicidad, no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado»¹⁰.

Si los preceptos rituales y legales del Pueblo de Israel cesaron con la venida de Jesucristo, los Diez Mandamientos, conocidos también como el Decálogo, son perennes: recogen los principios fundamentales para poder amar a Dios –poniéndolo por encima de todo, respetando su nombre santo, dedicándole los días de fiesta, como hacemos los cristianos el domingo– y a los demás –fomentando el cariño y reverencia a los padres, protegiendo la vida, la pureza de corazón, etc.–. ¡Cuántas generaciones de israelitas meditaron la verdad y la solicitud de Padre que entrañan esas diez palabras! «Tus preceptos son mi herencia perpetua, la alegría de mi corazón» (Sal 119 [118],111), una muestra de la misericordia divina, que no quiere que nos extraviemos, que desea que tengamos una vida plena. El mundo puede revelarse a veces contra los Mandamientos, como si fueran imposiciones trasnochadas, propias de un estadio infantil de la humanidad; pero no faltan ejemplos de cómo se desmoronan las sociedades y las personas cuando creen que pueden ignorarlos. Las diez palabras del Señor son las constantes del universo interior del hombre; si se alteran, su corazón se desfigura.

Para que seáis hijos de vuestro Padre

El Decálogo queda como englobado en la Nueva Ley que Jesucristo ha instaurado al salvarnos dando su vida en la Cruz. Esta Ley Nueva es la gracia del Espíritu Santo dada mediante la fe en Cristo¹¹. Ahora, por tanto, ya no tenemos solo un horizonte moral al que aspirar: se trata de vivir en Jesús, de parecernos cada vez más a Él, dejando que el Espíritu Santo nos transforme, para cumplir así sus mandamientos.

¿Cómo ser más parecidos a Jesucristo? ¿Dónde podemos ver su modo de ser? Dice el Catecismo que «Las bienaventuranzas dibujan el rostro de Jesucristo y describen su caridad»¹². En esas enseñanzas que recogen los evangelios, vemos el retrato de Nuestro Señor, su rostro que revela el amor compasivo del Padre hacia todos los hombres. Estas recogen las promesas hechas al Pueblo Elegido, pero las perfeccionan ordenándolas no ya a la posesión de la tierra, sino al Reino de los Cielos¹³.

En el evangelio de Mateo, las primeras cuatro bienaventuranzas se refieren a una actitud o forma de ser que se centra en las palabras de Jesús¹⁴: «Bienaventurados los pobres de espíritu», «los que lloran», «los mansos», «los que tienen hambre y sed de justicia». Invitan a confiar totalmente en Dios y no en nuestros recursos humanos, a enfrentar con sentido cristiano los sufrimientos, a ser pacientes día a día. A estas bienaventuranzas se

añaden otras que ponen el acento en la acción: «Bienaventurados los misericordiosos», «los limpios de corazón», «los pacíficos», y otras más que advierten que para seguir a Jesús hemos de sufrir algunas contradicciones¹⁵, siempre con alegría, pues «la felicidad del Cielo es para los que saben ser felices en la tierra»¹⁶.

Las bienaventuranzas ciertamente manifiestan la misericordia de Dios, que se empeña en dar un gozo sin límites a quienes lo siguen: «Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo» (*Mt* 5,12). No son, sin embargo, una colección de aforismos para imaginar un utópico mundo mejor que *alguien* se ocupará de hacer posible, o para consolarse falsamente ante las dificultades del momento: son llamadas exigentes de Dios al corazón de cada hombre, que empujan a comprometerse a trabajar por el bien y la justicia ya en esta tierra.

Considerar con frecuencia las bienaventuranzas, quizás en la oración personal, ayuda a saber cómo aplicarlas en la vida diaria. Por ejemplo, la mansedumbre se concreta tantas veces en «la sonrisa amable para quien te molesta; aquel silencio ante la acusación injusta; tu bondadosa conversación con los cargantes y los inoportunos; el pasar por alto cada día, a las personas que conviven contigo, un detalle y otro fastidiosos e impertinentes...»¹⁷.

Al mismo tiempo, quien procura vivir según el espíritu de las bienaventuranzas, va incorporando a su personalidad unas actitudes y modos de juzgar las cosas que le dan mayor facilidad para cumplir los mandamientos. La limpieza de corazón le permite ver la imagen de Dios en cada persona, considerándola como alguien digna de respeto y no como objeto para satisfacer unos deseos retorcidos. Ser pacíficos nos lleva a vivir como hijos de Dios, y a reconocer a los demás como hijos suyos, siguiendo ese «camino más excelente» de la caridad (*1 Co* 12,31), que «todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (*1 Co* 13,7), transformando los agravios en una ocasión de amar y rezar por quienes hacen daño¹⁸. En definitiva, amoldar nuestro corazón según los contornos que trazan las bienaventuranzas hace realidad el ideal que Jesucristo nos propone de ser «misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso» (*Lc* 6,36). Nos transformamos en portadores del amor de Dios, aprendemos a ver en los demás a ese *prójimo* que necesita nuestra ayuda; somos en Cristo ese buen samaritano que sabe conducirse por la misericordia para cumplir en plenitud la ley de la caridad. Nuestro corazón se ensancha entonces, como ocurrió con el de la Virgen Santísima.

Rodolfo Valdés

* * *

1. Cfr. *Lc* 10,25.

2. Cfr. *Mt* 22,40.

3. *Homilía sobre el grande y santo Sábado* (PG 43, 462).

4. San Agustín, *Sermón* 131, 6.

5. Francisco, Mensaje, 24-I-2014.
6. San Juan Pablo II, Mensaje, 2-II-1999.
7. Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), 169.
8. Francisco, Mensaje, 4-X-2014.
9. Cfr. *Rm* 7,12.
10. San Josemaría, *Surco*, 795.
11. Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I-II, q. 106, a. 1, c. y ad 2, cit. en San Juan Pablo II, Enc. *Veritatis Splendor*, 6-VIII-1993, 24.
12. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1717.
13. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1716.
14. Cfr. *Mt* 5,3-12.
15. Cfr. *Mt* 5,10-12.
16. San Josemaría, *Forja*, 1005.
17. San Josemaría, *Camino*, 173.
18. Cfr. *Mt* 5,44-45.

EL CORAZÓN ABIERTO DE DIOS

Misericordia y apostolado

«Mi reino no es de este mundo», responde Jesús, cuando Pilato le pregunta acerca de las acusaciones del Sanedrín. Él es Rey, pero no como dicen *rey* los hombres: «si mi reino fuera de este mundo, mis servidores lucharían para que no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí» (*Jn* 18,36). Pocas horas antes, en Getsemaní, había hablado en términos parecidos a Pedro, para hacerle envainar la espada: «¿O piensas que no puedo acudir a mi Padre y al instante pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles?» (*Mt* 26,53). No es con la fuerza de las armas de los hombres que Dios irrumpe en el mundo, sino con la «espada de doble filo» de su Palabra, que «descubre los sentimientos y pensamientos del corazón» (*Hb* 4,12). Jesús «no combate para consolidar un espacio de poder. Si rompe cercos y cuestiona seguridades es para abrir una brecha al torrente de la Misericordia que, con el Padre y el Espíritu, desea derramar sobre la tierra. Una Misericordia que procede de bien en mejor: anuncia y trae algo nuevo: cura, libera y proclama el año de gracia del Señor»¹.

Dios mira el corazón

«En el mundo tendréis sufrimientos, pero confiad: yo he vencido al mundo, *ego vici mundum*» (*Jn* 16,33). Desde el cenáculo, la oración sacerdotal de Jesús conforta a los discípulos de todos los tiempos: el Señor vence, aun cuando el anuncio del Evangelio encuentra dificultades grandes, hasta el punto de parecer que la causa de Dios va a fracasar. *Christus vincit*, pero según un designio que no responde a la lógica del poder humano: «mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos» (*Is* 55,8).

«Te daré todo este poder y su gloria, porque me han sido entregados y los doy a quien quiero» (*Lc* 4,5-6). Cuando el demonio mostró a Jesús todas las naciones de la tierra, no le ofrecía tanto lujo y posesiones como la sumisión de los hombres a su voluntad, a través de un control mundano. El diablo desfigura la promesa del Padre al Hijo recogida en el Salmo 2: «pídeme y te daré en herencia las naciones» (*Sal* 2,8); la mundaniza: le propone una redención sin sufrimiento. Pero «Jesús tiene bien claro que no es el poder mundano lo que salva al mundo, sino el poder de la cruz, de la humildad, del amor»². Al rechazar esa tentación, y trazar ese mismo camino para todos los cristianos, Jesús deja entrever cómo es su dominio de la historia, aunque a los ojos humanos pueda parecer necedad: Dios reina con su misericordia. Si su reino no es de este mundo, tampoco lo es su misericordia; pero precisamente por eso, porque nace «desde lo alto» (*Lc* 1,78), puede abrazarlo, y salvarlo.

«El hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón» (*1 S* 16,7). Dios no sabría qué hacer con una sumisión formal, externa, pero hueca. Él busca a cada hombre, llama a la puerta de cada uno³: «dame, hijo, tu corazón, y que tus ojos guarden mis caminos» (*Pr* 23,26). Así es el dominio de Dios, que vence porque logra desarmarnos; vence, no porque

reprime nuestras ansias de felicidad, sino porque nos hace ver que esas ansias, sin Él, son una vía muerta.

«Cuanto más los llamaba, tanto más se alejaban de mí», se lamenta el Señor a través del profeta Oseas (Os 11,2). Pero aunque los hombres podamos resistirnos a las llamadas de Dios, los cristianos sabemos que al final, a poco que dejemos un resquicio en la puerta del alma, Dios se abre camino en nuestra vida, y nos rendimos ante su amor incansable: la suya es «una Misericordia en camino, una Misericordia que cada día busca el modo de dar un paso adelante, un pasito más allá, avanzando sobre las tierras de nadie, en las que reinaba la indiferencia y la violencia»⁴. Por eso el apostolado, que nace de la fe, rebosa serenidad: «tu vida, tu trabajo, no debe ser labor negativa, no debe ser “antinada”. Es, ¡debe ser!, afirmación, optimismo, juventud, alegría y paz»⁵.

Amar con el Amor de Dios

«Al ver a las multitudes se llenó de compasión por ellas, porque estaban maltratadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,36). La mirada de Dios sobre las almas no es una mirada angustiada, sino compasiva: quiere llegarse a todos, a través de sus hijos. «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5,5): Él nos hace vivir inmersos en ese Amor divino, que es el clima vital, el ambiente familiar en el que Dios quiere introducirnos, ya ahora en la tierra y, después, por toda la eternidad. «Nuestro amor –dice san Josemaría– no se confunde con una postura sentimental, tampoco con la simple camaradería, ni con el poco claro afán de ayudar a los otros para demostrarnos a nosotros mismos que somos superiores. Es convivir con el prójimo, venerar (...) la imagen de Dios que hay en cada hombre, procurando que también él la contemple, para que sepa dirigirse a Cristo»⁶. Se trata, pues, de dejar que Dios, que vive en mí, ame a través de mí: amar con el amor de Dios.

«El Amor... ¡bien vale un amor!»⁷ En estas palabras que paladeaba san Josemaría, se miran el Corazón infinito de Dios y el corazón de los hombres, pequeño pero capaz de ensancharse para acometer cosas grandes. El Amor de Dios bien vale el amor de una vida dedicada a llenarse de Él y a repartir su misericordia a manos llenas. Es esta una llamada para magnánimos, una invitación a emprender un vuelo alto, escondido la mayor parte de las veces en la trama prosaica de la vida de todos los días. «Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. Un corazón que se deje impregnar por el Espíritu y guiar por los caminos del amor que nos llevan a los hermanos y hermanas. En definitiva, un corazón pobre, que conoce sus propias pobreza y lo da todo por el otro»⁸.

Quitarse las sandalias ante la tierra del otro

Un corazón pobre no es un pobre corazón. Quien «conoce sus propias pobreza» es capaz de llenarse de la riqueza del amor de Dios. «El Dios que comparte nuestras amarguras, el Dios que se ha hecho hombre para llevar nuestra cruz, quiere transformar nuestro corazón de

piedra y llamarnos a compartir también el sufrimiento de los demás; quiere darnos un “corazón de carne” (...) que sienta compasión y nos lleve al amor que cura y socorre»⁹. Nos pondremos entonces al lado de cada uno, no solo como quien tiene mucho que enseñar, sino también como quien tiene mucho que aprender. Cuanto más capaces seamos de recibir de los demás, más brillo adquirirá todo lo que Dios ha puesto en nuestra alma. Es el corazón el que habla de verdad al corazón –*cor ad cor loquitur*–, como percibió agudamente el Beato John Henry Newman¹⁰: quien se quita «las sandalias ante la tierra sagrada del otro»¹¹, quien se deja sorprender por él, puede entonces ayudarlo de verdad. «Si ven un amigo o una amiga que se pegó un resbalón en la vida y se cayó, andá y ofrecele la mano, pero ofrecésela con dignidad. Ponete al lado de él, al lado de ella, escuchalo (...). Dejalo hablar, dejalo que te cuente, y entonces, poquito a poco, te va a ir extendiendo la mano, y vos lo vas a ayudar en nombre de Jesucristo. Pero si vas de golpe y le empezás a predicar, y a darle y a darle, pues, pobrecito, lo vas a dejar peor que como estaba»¹².

Hoy día un cristiano se encuentra con personas en las situaciones más variadas. Si de verdad se acerca al otro con el corazón abierto, podrá dejar en su alma algo de «la paz de Dios que supera todo entendimiento» (*Flp* 4,7); y, cada uno a su modo, le dejará también una huella en el alma. En ocasiones se tratará de cristianos que no han practicado nunca su fe, que la abandonaron poco después de la primera Comunión; o que, quizá después de años de práctica religiosa e incluso de fervor, han sucumbido a las sollicitaciones de la comodidad, del relativismo, de la tibieza. Otras muchas veces, se tratará de personas que nunca han oído hablar de Dios en una conversación de tú a tú. Algunos quizá al inicio se mostrarán reticentes, porque creen tener que defenderse de una invasión de su libertad. Nuestra serenidad de hijos de Dios será entonces, como siempre, la mejor arma: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra comprensión sea patente a todos los hombres. El Señor está cerca» (*Flp* 4,4-5). La misericordia de Dios nos llevará a acoger a todos, como Jesús¹³; y, también como Jesús, a dejarnos acoger por todos¹⁴, a estar con la gente; a hacernos cargo de sus perplejidades, sin pasar por encima de los problemas; a esforzarnos por abrirles horizontes, partiendo del lugar en el que se encuentran; a exigirles con decisión pero con suavidad, sin dejar de tenderles la mano.

«La Iglesia, unida a Cristo, nace de un Corazón herido. De ese Corazón, abierto de par en par, se nos trasmite la vida»¹⁵. Todo auténtico apostolado es también siempre apostolado de la Confesión: ayudar a los demás a experimentar el desbordarse de la misericordia de Dios, que nos espera como el padre del hijo pródigo, deseoso de darnos el abrazo paternal que nos purifica y nos permite volver a mirarle a la cara a Él y a los demás. «Si te alejas de Él por cualquier motivo, reacciona con la humildad de comenzar y recomenzar; de hacer de hijo pródigo todas las jornadas, incluso repetidamente en las veinticuatro horas del día; de ajustar tu corazón contrito en la Confesión, verdadero milagro del Amor de Dios. En este Sacramento maravilloso, el Señor limpia tu alma y te inunda de alegría y de fuerza para no desmayar en tu pelea, y para retornar sin cansancio a Dios, aun cuando todo te parezca oscuro. Además, la Madre de Dios, que es también Madre nuestra, te protege con su sollicitud maternal, y te afianza en tus pisadas»¹⁶.

Podría parecer superfluo decirlo, pero sabemos que no lo es: los predilectos de la misericordia de Dios son nuestros hermanos en la fe. «Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn 4,20). Nuestro primer apostolado está en nuestro propio hogar, y entre los que forman la casa de Dios que es la Iglesia. Nuestro celo por las almas sería una ficción si nuestro corazón fuese insensible a los demás cristianos. Dios quiere que reciban mucho amor, para poder darlo a su vez. Por eso es necesario sobreponerse, por ejemplo, al acostumbamiento que a veces se produce en la convivencia con las personas más cercanas, a las pequeñas tensiones del día a día, o a las distancias que se crean cuando solo nos guiamos por nuestra afinidad natural. «De los primeros seguidores de Cristo se afirmaba: ¡mirad cómo se quieren! ¿Cabe decir lo mismo de ti, de mí, a toda hora?»¹⁷. Mucho espera Dios del amor fraterno de los cristianos para que el torrente de su Misericordia¹⁸ se abra camino entre los hombres, para que, con la fuerza del Espíritu, el mundo conozca que el Padre envió a su Hijo y nos amó como a Él¹⁹.

Carlos Ayxelà

* * *

1. Francisco, Homilía, 24-III-2016.
2. Benedicto XVI, Audiencia, 13-III-2013.
3. Cfr. Ap 3,20.
4. Francisco, Homilía, 24-III-2016.
5. San Josemaría, *Surco*, 864.
6. San Josemaría, *Amigos de Dios*, 230.
7. San Josemaría, *Camino*, 171.
8. Francisco, Mensaje para la Cuaresma, 4-X-2014.
9. Card. Joseph Ratzinger, Presentación del *Via Crucis*, 25-III-2005.
10. Se trata del lema que el Beato escogió cuando fue creado Cardenal.
11. Francisco, Ex. Ap. *Evangelii Gaudium*, 24-XI-2013, 169.
12. Francisco, Discurso, 16-II-2016.
13. Cfr. Mt 9,10-13; Jn 4,7 ss.
14. Cfr. Lc 7,36; 19,6-7.
15. San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 169.
16. *Amigos de Dios*, 214.
17. *Surco*, 921.
18. Cfr. Francisco, Homilía, 24-III-2016.
19. Cfr. Jn 17,23.

CON EL CARIÑO EN LA MIRADA

Misericordia y fraternidad

Poco a poco, al ritmo de las fiestas litúrgicas y de los eventos del Jubileo, estamos procurando «tener la mirada fija en la misericordia»¹ durante este Año santo. Desde la Bula de convocación del Jubileo, el Papa subrayó que el misterio de la misericordia de Dios se dirige no solo a los que viven lejos de la casa del Padre, sino también a los que, con nuestras limitaciones, procuramos vivir cerca de Dios: para que seamos «también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre (...), para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes»².

La misericordia es «la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia»³, y por eso abraza todos los aspectos de la existencia de los cristianos. En un primer momento, podría parecer que se trata de un eslogan, un modo distinto de hablar de las cosas de siempre; y, sin embargo, es más que eso: la misericordia es luz y fuerza de Dios para redescubrir «con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad» de su Amor (*Ef* 3,18).

Revisar el amor

La reflexión sosegada sobre la misericordia, como algo que nos toca de cerca, ayudará a puntualizar, en el diálogo con el Señor, dónde nuestro amor se podría haber empañado: si hay algo en nosotros del hijo mayor de la parábola del Padre misericordioso, que no era capaz de alegrarse con los demás⁴; o del fariseo que subía al templo satisfecho de las cosas con las que cumplía, pero con el corazón frío⁵; o del siervo que, habiéndose hecho perdonar por el amo, no estaba dispuesto a pasar por alto las pequeñas deudas de otro⁶.

«Conozco tus obras, tu fatiga y tu constancia (...); que tienes paciencia y has sufrido por mi nombre, sin desfallecer. Pero tengo contra ti que has perdido la caridad que tenías al principio» (*Ap* 2,2-4). Con estas palabras del Apocalipsis, Dios llama a la puerta de los cristianos que se esfuerzan por vivir con profundidad su fe: les confirma en el bien que hacen, pero les empuja a la vez a una nueva conversión. En la misma longitud de onda se mueven estas palabras de san Josemaría, que pueden ayudarnos a iluminar el fondo del alma:

«Cumple un plan de vida exigente: madrugas, haces oración, frecuentas los Sacramentos, trabajas o estudias mucho, eres sobrio, te mortificas..., ¡pero notas que te falta algo!

»Lleva a tu diálogo con Dios esta consideración: como la santidad –la lucha para alcanzarla– es la plenitud de la caridad, has de revisar tu amor a Dios y, por Él, a los demás. Quizá descubrirás entonces, escondidos en tu alma, grandes defectos, contra

los que ni siquiera luchabas: no eres buen hijo, buen hermano, buen compañero, buen amigo, buen colega (...).

»Te “sacrificas” en muchos detalles “personales”: por eso estás apegado a tu yo, a tu persona y, en el fondo, no vives para Dios ni para los demás: sólo para ti»⁷.

La misericordia de Dios, si dejamos que nos entre en el alma, nos lleva a revisar el amor, para despertar los pliegues en los que el corazón se podría haber quedado encogido, adormilado, casi sin darnos cuenta; nos hace descubrir que vivimos para los demás; nos saca de un excesivo «afán de seguridad personal»⁸ en el que podría haber poco sitio para Dios y para quienes nos acompañan o nos salen al encuentro. Mi alegría, pregunta el Papa, ¿está en «salir de mí mismo para ir al encuentro de los demás» o en «tener todo resuelto, encerrado en mí mismo»?⁹

Alegrarse con los demás

«Dios es alegría –decía san Juan Pablo II a los jóvenes–, y en la alegría de vivir hay un reflejo de la alegría originaria que Dios experimentó al crear al hombre»¹⁰, y que vuelve a experimentar al perdonarnos: hay «en el cielo mayor alegría por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de conversión» (*Lc* 15,7). En el fondo del misterio de la misericordia divina late «la alegría de Dios que quiere entrar en el mundo»¹¹. De ahí el ruego de san Pablo: «el que ejercita la misericordia, que lo haga con alegría» (*Rm* 12,8).

Por eso la misericordia no es solo un resorte que se activaría únicamente ante la debilidad o las imperfecciones de quienes nos rodean: es un amor sin reservas, que no calcula; una luz que lo invade todo, y que hace de las virtudes cristianas rasgos amables y atractivos de la personalidad y, sobre todo, irradiación de un Amor que no es de este mundo¹². «La verdadera virtud, escribió san Josemaría en *Camino*, no es triste y antipática, sino amablemente alegre»¹³. Años más tarde volvería sobre esa misma idea, ponderando un comentario oído de pasada:

«“Sois todos tan alegres que uno no se lo espera”, oí comentar.

»De lejos viene el empeño diabólico de los enemigos de Cristo, que no se cansan de murmurar que la gente entregada a Dios es de la “encapotada”. Y, desgraciadamente, algunos de los que quieren ser “buenos” les hacen eco, con sus “virtudes tristes”.

»–Te damos gracias, Señor, porque has querido contar con nuestras vidas, dichosamente alegres, para borrar esa falsa caricatura.

»–Te pido también que no lo olvidemos»¹⁴.

La misericordia, pues, para «funcionar», para ser genuina, tiene que invadirlo *alegremente* todo en nuestra vida. La alegría se predica de la juventud porque un espíritu joven no calcula, no se pone límites. Para que nuestra vida cristiana no sea una «falsa caricatura», debe estar toda ella impregnada de alegre misericordia. No es esta una visión

utópica, porque la misericordia es compatible con la debilidad, y de hecho la debilidad misma nos permite crecer en misericordia: nos hace más humildes y capaces de comprender que quienes están a nuestro lado también tienen defectos. Por eso, aunque en ocasiones – porque fuimos duros, porque no supimos darnos a los demás, etc. – no lograremos reflejar la misericordia de Dios, podemos al menos decirle al Señor que quisiéramos *ser* misericordiosos en todo. Él nos ayudará a no calcular, a no hacer acepción de personas o de circunstancias, de modo que se cumpla en nosotros aquello de que «darse sinceramente a los demás es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de alegría»¹⁵. Y daremos también entonces ese aire limpio a los demás, que no es la «alegría fisiológica, de animal sano»¹⁶, porque la verdadera alegría «procede de abandonar todo y abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios»¹⁷. Quien se abandona así en Dios, transmite, muchas veces sin darse cuenta, la alegría que Dios le da; una alegría que «nace de la gratuidad de un encuentro», de «escuchar: “Tú eres importante para mí”, no necesariamente con palabras (...). Y es precisamente esto lo que Dios nos hace comprender»¹⁸, y lo que podemos hacer comprender, también sin palabras, a los demás.

Cariño

Cuando San Josemaría hablaba de la caridad, muchas veces la llamaba también *cariño*¹⁹ – término difícil de traducir a algunas lenguas, pero central en sus enseñanzas –, para aclarar que la verdadera caridad no es «oficial, seca y sin alma» sino que está llena de «calor humano»²⁰, de comprensión, de apertura. «Vivir la caridad» es mucho más que observar ciertas formas externas de educación o guardar un respeto frío, que en realidad mantiene al otro a distancia: es abrir el corazón²¹, quitar las barreras con las que a veces nos blindamos ante lo que nos resulta menos amable en el modo de ser de los demás. *Respeto* viene de *respectus*, mirada atenta, consideración: el verdadero respeto no es una educada resignación ante los defectos de los demás, con la que nos quedamos protegidos detrás de nuestro muro de defensa, sino un porte cercano, comprensivo, magnánimo, que nos permite mirar de verdad a los ojos a cada uno. A esta misma actitud se refiere el Papa cuando habla de la *ternura*, que es «caridad respetuosa y delicada»²²: «tratad siempre –decía en una ocasión– de ser mirada que acoge, mano que alivia y acompaña, palabra de consuelo, abrazo de ternura»²³.

«Siguiendo el ejemplo del Señor, comprended a vuestros hermanos con un corazón muy grande, que de nada se asuste, y queredlos de verdad (...). Al ser muy humanos, sabréis pasar por encima de pequeños defectos y ver siempre, con comprensión maternal, el lado bueno de las cosas»²⁴. Incluso si nos resulta ya conocida, es bueno que redescubramos la vibración de misericordia que late en aquella comparación de san Josemaría: «De una manera gráfica y bromeando, os he hecho notar la distinta impresión que se tiene de un mismo fenómeno, según se observe con cariño o sin él. Y os decía –y perdonadme, porque es muy gráfico– que, del niño que *anda* con el dedo en la nariz, comentan las visitas: ¡qué sucio!; mientras su madre dice: ¡va a ser investigador! Hijas e hijos míos, ya me comprendéis: hemos de disculpar. No manifestéis repugnancia por pequeñeces espirituales

o materiales, que no tienen demasiada categoría. Mirad a vuestros hermanos con amor y llegaréis a la conclusión –llena de caridad– de que *¡todos somos investigadores!*»²⁵

Las personas se nos presentan de modo muy distinto según las observemos «con cariño o sin él». La misericordia no es, pues, solamente una disposición encomiable del corazón; san Josemaría nos la muestra como una condición necesaria para conocer a los demás, sin las distorsiones generadas por nuestro amor propio. Al ver a los demás con misericordia, no edulcoramos la mirada: les vemos como les ve Dios; les vemos como verdaderamente son: hombres y mujeres con virtudes que admiramos, pero también con defectos que probablemente les hacen sufrir, aunque exteriormente no lo manifiesten, y que reclaman una ayuda llena de comprensión. Sin misericordia, en cambio, perdemos ángulo de visión y profundidad de campo: empequeñecemos a los demás. Mirar con cariño –querer con la mirada– permite conocer mejor, y así también querer mejor. «El corazón humano tiene un coeficiente de dilatación enorme. Cuando ama, se ensancha en un *crescendo* de cariño que supera todas las barreras. Si amas al Señor, no habrá criatura que no encuentre sitio en tu corazón»²⁶.

Formas cotidianas del perdón

La unidad de una familia no se identifica con la mera cohabitación de sus miembros, como la paz no es la simple ausencia de guerra. En un hogar, una empresa, podría no haber grandes conflictos, y a la vez existir muros sutiles con los que unos se protegen de otros. Son muros que se levantan a veces casi sin darnos cuenta, porque la convivencia cotidiana trae consigo, casi inevitablemente, tensiones o enfados: «Hay roces, diferencias... Pero esto son cosas corrientes, que hasta cierto punto contribuyen incluso a dar su sal a nuestros días. Son insignificancias, que el tiempo supera siempre»²⁷. El tiempo acaba mostrando –siempre que no dejemos que la soberbia las hinche– que algunas cosas a las que en su momento dábamos mucha importancia en realidad no la tenían. Por eso, especialmente en la vida familiar, es importante estar atentos para evitar que se alcen, ni siquiera un poco, esos muros a veces casi imperceptibles que nos distancian a unos de otros. Si, en lugar de pasar por alto las cosas que nos resultan molestas, alimentáramos resentimientos, lo que en sí es «normal» e inofensivo nos podría entumecer poco a poco el corazón, de modo que nuestro trato con los demás, y así el ambiente de la casa, se fuera enrareciendo.

La misericordia nos hace salir del círculo vicioso del resentimiento, que lleva a atesorar una lista de agravios, en la que el yo siempre sale enaltecido a costa de las deficiencias de los demás, reales o imaginarias. El Amor de Dios nos empuja, en cambio, a buscarle en nuestro corazón, para encontrar allí nuestro desahogo. «¿Por dónde comenzar para disculpar las pequeñas o grandes ofensas que sufrimos cada día? Ante todo por la oración (...). Se comienza por el propio corazón: podemos afrontar con la oración el resentimiento que experimentamos, encomendando a quien nos ha hecho el mal a la misericordia de Dios: “Señor, te pido por él, te pido por ella”. Después se descubre que esta lucha interior para perdonar purifica del mal y que la oración y el amor nos liberan de las cadenas interiores del rencor. ¡Es tan feo vivir en el rencor! Cada día tenemos la ocasión de

entrenarnos para perdonar, para vivir este gesto tan alto que acerca el hombre a Dios»²⁸. San Josemaría, por ejemplo, solía rezar en los mementos de la Misa también por aquellos que le habían procurado algún mal²⁹.

Un corazón misericordioso es un corazón ágil, que logra encajar «con deportividad», sin dramatismos, los episodios menos agradables del día³⁰. A veces nos puede costar perdonar, porque se acumula en nosotros el cansancio, la desazón, la tensión. Pero es bueno que –con la ayuda de Dios, que no falta– aspiremos a perdonar sobre la marcha, e incluso a perdonar por anticipado, con magnanimidad: sin llevar la cuenta. Si, por así decirlo, damos margen a los demás –margen para equivocarse, para ser inoportunos, para estar nerviosos–, no les tendremos que perdonar como quien hace una concesión: les perdonaremos sin darnos importancia, con una caridad que «todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Cor 13,7). Sin duda, podrá costarnos digerir el desencuentro; y en su momento quizá convendrá hacer un comentario delicado a esa persona, que la ayude a mejorar; pero, en cualquier caso, podemos perdonar enseguida, aunque duela. Muchas veces ni siquiera habrá que explicitarlo con palabras, para no detenernos más en el episodio, y bastará nuestra cercanía y una punta de humor para quitar dramatismo a las cosas. Cuando superamos la tentación de devolver mal por mal, o frialdad por frialdad, el Señor nos llena el alma; podemos decir entonces con el salmista: «*misericordia tua super vitas*, tu misericordia vale más que la vida» (Sal 63,4); y con san Josemaría, que sabía que era el Señor quien le ensanchaba el corazón: «no he necesitado aprender a perdonar, porque el Señor me ha enseñado a querer»³¹.

Carlos Ayxelà

* * *

1. Francisco, Bula *Misericordiae vultus*, 11-IV-2015, 3.
2. *Ibidem*.
3. *Ibidem*, 10.
4. Cfr. *Lc* 15,28-32.
5. Cfr. *Lc* 18,10-14.
6. Cfr. *Mt* 18,23-35.
7. San Josemaría, *Surco*, 739.
8. San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 18.
9. Francisco, Homilía en Santa Marta, 25-II-2016.
10. San Juan Pablo II, Discurso, 6-IV-1995.
11. Benedicto XVI, Homilía, 18-IV-2010. Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Super Psalmos*, 24 n. 6: «En Dios se reconoce la bondad, es decir, la comunicación de bienes a las criaturas, pues el bien

es difusivo de sí mismo. La misericordia, a su vez, se refiere a una especial efusión de bondad para remover la miseria».

12. Cfr. *Jn* 17,21.

13. San Josemaría, *Camino*, 657.

14. *Surco*, 58.

15. San Josemaría, *Forja*, 591.

16. *Surco*, 659.

17. *Ibidem*.

18. Francisco, Discurso, 6-VII-2013.

19. Cfr., por ejemplo, *Surco*, 821; *Forja*, 148; *Amigos de Dios*, 125, 229; *Es Cristo que pasa*, 36.

20. *Es Cristo que pasa*, 167.

21. Cfr. *Amigos de Dios*, 225.

22. Francisco, Mensaje, 6-XII-2013.

23. Francisco, Discurso, 9-XI-2013.

24. San Josemaría, *Carta 29-IX-1957*, 35 (citado en E. Burkhart – J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, Rialp, Madrid 2011, vol. II, 331-332).

25. *Ibidem*.

26. San Josemaría, *Via Crucis*, VIII, 5.

27. San Josemaría, *Conversaciones*, 101.

28. Francisco, Angelus, 26-XII-2015.

29. Cfr. Javier Echevarría, *Vivir la Santa Misa*, Rialp, Madrid 2010, pp. 106, 151.

30. Cfr. *Conversaciones*, 91.

31. *Surco*, 804.

“A MÍ ME LO HICISTEIS”

Las obras de misericordia corporales

Nuestro Dios no se ha limitado a decir que nos quiere. Él mismo nos modeló a partir del polvo de la tierra¹; «fueron las manos de Dios las que nos crearon: el Dios artesano»². Nos creó a su imagen y semejanza, y aun quiso hacerse «uno de los nuestros»³: el Verbo se hizo carne, trabajó con sus manos, cargó sobre sus espaldas toda la miseria de los siglos, y quiso conservar por toda la eternidad las llagas de su pasión, como un signo permanente de su amor fiel. Por todo eso los cristianos no solo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos⁴: para Dios, y para sus hijos, el amor «nunca podrá ser una palabra abstracta. Por su misma naturaleza es vida concreta: intenciones, actitudes, comportamientos que se verifican en el vivir cotidiano»⁵. San Josemaría prevenía así ante «la mentalidad de quienes ven el cristianismo como un conjunto de prácticas o actos de piedad, sin percibir su relación con las situaciones de la vida corriente, con la urgencia de atender las necesidades de los demás y de esforzarse por remediar las injusticias. Diría que quien tiene esa mentalidad no ha comprendido todavía lo que significa que el Hijo de Dios se haya encarnado, que haya tomado cuerpo, alma y voz de hombre, que haya participado en nuestro destino hasta experimentar el desgarramiento supremo de la muerte»⁶.

Llamados a la misericordia

En la escena del juicio final que Jesús presenta en el Evangelio, tanto los justos como los injustos se preguntan perplejos, y preguntan al Señor, cuándo le *vieron* hambriento, desnudo, enfermo, y le auxiliaron, o dejaron de hacerlo⁷. Y el Señor les responde: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt* 25,40). No es un modo bonito de decir, como si el Señor solo nos animara a acordarnos de Él, y a seguir su ejemplo de misericordia; Jesús dice con solemnidad: «en verdad os digo... a mí me lo hicisteis». Él «se ha unido, en cierto modo, con todo hombre»⁸, porque ha llevado el amor hasta el final: «nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos» (*Jn* 15,13). Ser cristianos significa entrar en esa incondicionalidad del amor de Dios, dejarse cautivar por «el amor siempre más grande de Dios»⁹.

En este pasaje del Evangelio, el Señor habla de hambre, sed, peregrinaje, desnudez, enfermedad y cárcel¹⁰. Las obras de misericordia siguen esta misma pauta; los Padres de la Iglesia las comentaron con frecuencia, e iniciaron su desdoblamiento en obras corporales y espirituales, obviamente sin ánimo de abarcar todas las situaciones de indigencia. Con el correr de los siglos, se añadió a las primeras el deber de dar sepultura a los difuntos, con la correspondiente obra espiritual: la oración por vivos y difuntos. En los próximos dos editoriales vamos a recorrer estas obras en las que la sabiduría cristiana ha sintetizado nuestra vocación a la misericordia. Porque de vocación se trata –y vocación universal–, cuando el Señor dice a sus discípulos de todos los tiempos: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (*Lc* 6,36). Las obras de misericordia despliegan ante

nosotros esa llamada. «Sería bonito que os las aprendierais de memoria –sugería recientemente el Papa–, ¡así es más fácil hacerlas!»¹¹.

Solidaridad en directo

Cuando, al repasar las obras de misericordia corporales, miramos a nuestro alrededor, en bastantes partes del mundo constataremos quizá en un primer momento que no son frecuentes las situaciones para ejercerlas. Siglos atrás la vida humana estaba mucho más expuesta a las fuerzas de la naturaleza, a la arbitrariedad de los hombres, y a la fragilidad del cuerpo; hoy, en cambio, hay muchos países en los que raramente se presentará –salvo en el caso de emergencias o catástrofes naturales– la necesidad inmediata de dar sepultura a un difunto, o de dar cobijo a alguien sin techo, porque la propia organización de los Estados provee este servicio. Y, sin embargo, no son pocos los lugares de la tierra en los que cada una de estas obras de misericordia está a la orden del día. E, incluso en los países más desarrollados, junto a la provisión de servicios de la asistencia social existen muchas situaciones de gran precariedad material –el así llamado *cuarto mundo*–.

A todos nos corresponde tomar conciencia de estas realidades y pensar en qué medida podemos contribuir a remediarlas. «Hay que abrir los ojos, hay que saber mirar a nuestro alrededor y reconocer esas llamadas que Dios nos dirige a través de quienes nos rodean. No podemos vivir de espaldas a la muchedumbre, encerrados en nuestro pequeño mundo. No fue así como vivió Jesús. Los Evangelios nos hablan muchas veces de su misericordia, de su capacidad de participar en el dolor y en las necesidades de los demás»¹².

Un primer movimiento de las obras de misericordia corporales es la solidaridad con todos los que sufren, aunque no les conozcamos: «No solo nos preocupan los problemas de cada uno, sino que nos solidarizamos plenamente con los otros ciudadanos en las calamidades y desgracias públicas, que nos afectan del mismo modo»¹³. A primera vista podría parecer que esta actitud es un sentimiento loable, pero inútil. Y sin embargo esta solidaridad es el *humus* en el que puede crecer con fuerza la misericordia. Del latín *solidum*, *solidaridad* denota la convicción de pertenecer a un todo, de modo que percibimos como propias las vicisitudes de los demás. Aunque el término tiene sentido ya a nivel meramente humano, para un cristiano adquiere toda su fuerza. «Ya no os pertenecéis», dice san Pablo a los Corintios (1 Cor 6,19). La afirmación podría inquietar al hombre contemporáneo, como una amenaza a su autonomía. Y, sin embargo, lo que nos dice es simplemente, en expresión frecuente entre los últimos pontífices, que la humanidad, y en particular la Iglesia, es una «gran familia»¹⁴.

«Mantened el amor fraterno... Acordaos de los encarcelados, como si estuvierais en prisión con ellos, y de los que sufren, pues también vosotros vivís en un cuerpo» (Hb 13,1-3). Aunque no sea posible estar al corriente de las dolencias de cada hombre, ni remediar materialmente todos esos problemas, un cristiano no se desentiende de ellos, porque los ama con el corazón de Dios: Él «es más grande que nuestro corazón y conoce todo» (1 Jn 3,20). Cuando en la Santa Misa pedimos al Padre que «fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo

espíritu»¹⁵, miramos a la plenitud de lo que ya es una realidad que crece silenciosamente, «como un bosque, donde los árboles buenos aportan solidaridad, comunión, confianza, apoyo, seguridad, sobriedad feliz, amistad»¹⁶.

La solidaridad *en cristiano* se concreta, pues, en primer lugar en la oración por los que sufren, aunque no les conozcamos. La mayor parte de las veces no veremos los frutos de esa oración, hecha también de trabajo y sacrificio, pero estamos convencidos de que «todo eso da vueltas por el mundo como una fuerza de vida»¹⁷. Por este mismo motivo, el Misal romano recoge un gran número de Misas por varias necesidades, que atienden a los motivos de todas las obras de misericordia. La oración de los fieles, al final de la liturgia de la Palabra, despierta también en nosotros «el desvelo por todas las iglesias» y por todos los hombres, de modo que podamos llegar a decir con san Pablo: «¿Quién desfallece sin que yo desfallezca? ¿Quién tiene un tropiezo sin que yo me abraze de dolor?» (2 Co 12,28-29).

La solidaridad también se despliega en «simples gestos cotidianos donde rompemos la lógica de la violencia, del aprovechamiento, del egoísmo», frente al «mundo del consumo exacerbado», que es a la vez «el mundo del maltrato de la vida en todas sus formas»¹⁸. Antiguamente era costumbre en muchas familias besar el pan cuando caía al suelo; se reconocía así el trabajo que suponía lograr el alimento, y se agradecía la posibilidad de tener algo que llevarse a la boca. «Dar de comer al hambriento» se puede concretar, pues, en comer lo que nos ponen, en evitar caprichos innecesarios, en aprovechar con creatividad las sobras de comida; «dar de beber al sediento» quizá nos llevará a evitar el derroche innecesario del agua, que en tantos lugares es un bien escasísimo¹⁹; «vestir al desnudo» se concretará también en cuidar la ropa, *hacerla* de unos hermanos a otros, sobreponerse a veces al *dernier cri* en moda, etc. De esas pequeñas –o no tan pequeñas– renunciaciones podrán salir limosnas para dar alegrías a los más necesitados, como enseñaba san Josemaría a los chicos de san Rafael; o también donativos para salir al encuentro de emergencias humanitarias. Meses atrás el Papa nos decía a propósito que, «si el jubileo no llega a los bolsillos, no es un verdadero jubileo»²⁰.

Hospitalidad: no abandonar al débil

Los padres, en primer lugar con su ejemplo, pueden hacer mucho por «enseñar a vivir así a sus hijos (...); enseñarles a superar el egoísmo y a emplear parte de su tiempo con generosidad en servicio de los menos afortunados, participando en tareas, adecuadas a su edad, en las que se ponga de manifiesto un afán de solidaridad humana y divina»²¹. Como la caridad es ordenada –porque sería falsa la de quien se volcara en quienes viven lejos y se desentendiera de quienes le rodean–, esa superación del egoísmo empieza habitualmente en el propio hogar. Todos, pequeños y mayores, tenemos que aprender a levantar la mirada para descubrir las menudas indigencias cotidianas de quienes viven con nosotros. En particular, es necesario acompañar a los familiares y amigos que sufren enfermedades, sin considerar sus dolencias como una distorsión para la que habría que encontrar soluciones meramente técnicas «“No me rechaces ahora en la vejez, me van faltando las fuerzas, no me abandones” (Sal 71,9). Es el clamor del anciano, que teme el olvido y el desprecio»²². Son

muchos los avances de la ciencia que permiten mejorar las condiciones de los enfermos, pero ninguno de ellos puede reemplazar la cercanía humana de quien, en lugar de ver en ellos un peso, adivina a «Cristo que pasa», Cristo que necesita que le cuidemos. «Los enfermos son Él»²³, escribió san Josemaría, en expresión audaz, que refleja la llamada exigente del Señor: «en verdad os digo... a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40).

«¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a verte?». En ocasiones, puede costar ver a Dios detrás de la persona que sufre, porque esté de mal humor o disgustado, o porque muestre exigencias o egoísmos. Pero la persona enferma, precisamente por su debilidad, se hace aún más merecedora de ese amor. Un resplandor divino ilumina los rasgos del hombre enfermo que se asemeja a Cristo doliente, tan desfigurado que «no hay en él parecer ni hermosura que atraiga nuestra mirada, ni belleza que nos agrade de él» (Is 53,2).

La atención de los enfermos, de los ancianos, de los moribundos, requiere por eso buenas dosis de paciencia, y de generosidad con nuestro tiempo, especialmente cuando se trata de enfermedades que se prolongan en el tiempo. El buen Samaritano «igualmente tenía sus compromisos y sus cosas que hacer»²⁴. Pero quienes, como él, hacen de esa atención una tarea ineludible, sin refugiarse en la frialdad de soluciones que a fin de cuentas consisten en descartar a quienes ya humanamente pueden aportar poco, el Señor les dice: «si comprendéis esto y lo hacéis, seréis bienaventurados» (Jn 13,17). A quienes han sabido cuidar de los débiles, Dios les reserva una bienvenida llena de ternura: «venid, benditos de mi Padre» (Mt 25,34).

«La grandeza de la humanidad –escribió Benedicto XVI– está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana»²⁵. Por eso, los enfermos nos devuelven la humanidad que el ritmo agitado del mundo se lleva a veces por delante: nos recuerdan que las personas son más importantes que las cosas, el ser que la función.

Algunas personas, porque Dios les ha llevado por ese camino, o porque lo han escogido para sí, acaban dedicando una parte importante de sus días a cuidar de quienes sufren, sin esperar que nadie reconozca su tarea. Aunque no salen en las guías de viajes, ellos son parte del auténtico *patrimonio de la humanidad*, porque nos enseñan a todos que estamos en el mundo para cuidar²⁶: ese es el sentido perenne de la hospitalidad, de la acogida.

Raramente nos tocará enterrar a un difunto, pero podemos acompañarle a él y a sus familiares en sus últimos momentos. Por eso la participación en un funeral es siempre más que un cumplido social. Si vamos al fondo de esos gestos, veremos que guardan el pulso de la genuina humanidad, que se abre a la eternidad. «También aquí la misericordia da la paz a quien parte y a quien permanece, haciéndonos sentir que Dios es más grande que la muerte, y que permaneciendo en Él incluso la última separación es un “hasta la vista”»²⁷.

Creatividad: trabajar con lo que hay

Familias que emigran huyendo de la guerra, personas en desempleo, «prisioneros de las nuevas esclavitudes de la sociedad moderna»²⁸ como la drogadicción, el hedonismo, la ludopatía... Son muchas las necesidades materiales que podemos detectar a nuestro alrededor. Uno podría no saber por dónde o cómo empezar. Y sin embargo la experiencia demuestra que muchas pequeñas iniciativas, dirigidas a resolver alguna carencia de nuestro entorno más inmediato, empezadas con lo que se tiene, y con quien puede –la mayor parte de las veces con más buen humor y creatividad que tiempo, recursos económicos o facilidades de los entes públicos–, acaban haciendo mucho bien, porque la gratuidad genera un agradecimiento que es motor de nuevas iniciativas: la misericordia encuentra misericordia²⁹, la contagia. Se cumple la parábola evangélica del grano de mostaza: «es, sin duda, la más pequeña de todas las semillas, pero cuando ha crecido es la mayor de las hortalizas, y llega a hacerse como un árbol, hasta el punto de que los pájaros del cielo acuden a anidar en sus ramas» (Mt 13,32).

Las necesidades de cada lugar y las posibilidades de cada uno son muy variadas. Lo mejor es apostar por algo que esté al alcance de la mano, y ponerse a trabajar. Con el tiempo, muchas veces menos de lo que pensaríamos, se abrirán puertas que parecía que iban a permanecer cerradas. Y se llega entonces a los encarcelados, a los cautivos de tantas otras adicciones, que están abandonados como en la alcantarilla de un mundo que les ha descartado cuando se han roto.

Hay quien, por ejemplo, está desbordado de trabajo, y aunque creía no tener tiempo para estas labores, descubre el modo de redirigir parte de sus esfuerzos hacia realidades que ocupen a otros y les saquen del bache de quien está en la vida sin un rumbo. Surgen sinergias: uno pone poco tiempo pero capacidad de gestión y relaciones... otro, con menos capacidad de organizar, pone horas de trabajo. Para los jubilados, por ejemplo, se abre así el panorama de una segunda juventud, en la que pueden transmitir mucho de su experiencia de la vida: «independientemente de su grado de instrucción o de riqueza, todas las personas tienen algo para aportar en la construcción de una civilización más justa y fraterna. De modo concreto, creo que todos pueden aprender mucho del ejemplo de generosidad y de solidaridad de las personas más sencillas; esa sabiduría generosa que sabe “añadir más agua a los frijoles”, de la cual nuestro mundo está tan necesitado»³⁰.

* * *

Evocando sus primeros años de sacerdote en Madrid, san Josemaría recordaba cómo iba por aquellos descampados «a enjugar lágrimas, a ayudar a los que necesitaban ayuda, a tratar con cariño a los niños, a los viejos, a los enfermos; y recibía mucha correspondencia de afecto..., y alguna que otra pedrada»³¹. Y pensaba en las iniciativas que hoy, junto a tantas promovidas por los cristianos y por otras personas, son una realidad en muchos lugares del mundo; y que tienen que seguir creciendo «*quasi fluvium pacis*, como un río de paz»³²: «Hoy para mí esto es un sueño, un sueño bendito, que vivo en tantos barrios extremos de

ciudades grandes, donde tratamos a la gente con cariño, mirando a los ojos, de frente, porque todos somos iguales»³³.

Carlos Ayxelà

* * *

1. Cfr. *Gn* 3,7; *Sb* 7,1.
2. Francisco, Homilía en Santa Marta, 12-XI-2013.
3. Conc. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes* (7-XII-1965), 22.
4. Cfr. 1 *Jn* 3,1.
5. Francisco, Bula *Misericordiae vultus* (11-IV-2015), 9.
6. San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 236.
7. Cfr. *Mt* 25,36.44
8. Conc. Vat. II, *Gaudium et spes*, 22.
9. Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), 6; Cfr. San Juan Pablo II, Enc. *Redemptor hominis* (4-III-1979), 9.
10. Cfr. *Mt* 25,35-36.
11. Francisco, Angelus, 13-III-2016.
12. *Es Cristo que pasa*, 146.
13. *Carta 14-II-1950*, 20; citado por Burkhart, E.; López, J., *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, II, Rialp, Madrid 2011, p. 314.
14. Cfr. por ejemplo, Beato Pablo VI, Mensaje a la Asamblea general de las Naciones Unidas, 24-V-1978; San Juan Pablo II, Enc. *Dives in misericordia* (30-XI-1980) 4, 12; Benedicto XVI, Mensaje para la XLI Jornada mundial de la paz, 8-XII-2007.
15. *Misal Romano*, Plegaria Eucarística III.
16. Francisco, Discurso, 28-XI-2014.
17. Francisco, *Evangelii gaudium*, 279
18. Francisco, Enc. *Laudato si'* (24-V-2015), 230.
19. Cfr. *ibidem*, 27-31.
20. Francisco, Audiencia, 10-II-2016.
21. *Conversaciones*, 111.
22. Francisco, Ex. Ap. *Amoris laetitia* (19-III-2016), 191.
23. San Josemaría, *Camino*, 419.
24. Francisco, Audiencia, 27-IV-2016.
25. Benedicto XVI, Enc. *Spe salvi* (30-XI-2007), 38

26. Cfr. Francisco, *Evangelii gaudium*, 209.
27. Francisco, Audiencia, 10-IX-2014.
28. Francisco, *Misericordiae vultus*, 16.
29. Cfr. *Mt* 5,7.
30. Francisco, Videomensaje, 1-I-2015.
31. San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 1-X-1967 (citado en S. Bernal, *Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*; Rialp, Madrid 1980, 6ª ed., p. 191).
32. *Is* 66,12 (Vulg)
33. San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 1-X-1967.

UNA SERENA ATENCIÓN

Las obras de misericordia espirituales

La Iglesia tiene la sabiduría de una buena madre, que sabe lo que necesitan sus hijos para crecer sanos y fuertes, en el cuerpo y en el espíritu. Con las obras de misericordia, nos invita a descubrir siempre de nuevo que tanto el cuerpo como el alma de nuestros hermanos los hombres necesitan de cuidados, y que Dios nos confía a cada uno esa custodia atenta. «El objeto de la misericordia es la misma vida humana en su totalidad. Nuestra vida misma en cuanto “carne” está hambrienta y sedienta, necesitada de vestido, casa y visitas, así como de un entierro digno, cosa que nadie puede darse a sí mismo (...). Nuestra vida misma, en cuanto “espíritu”, necesita ser educada, corregida, animada, consolada (...). Necesitamos que otros nos aconsejen, nos perdonen, nos aguanten y recen por nosotros»¹.

Vamos a considerar ahora las obras espirituales, que atienden al hambre y a la sed, a la desnudez y al desamparo, a la enfermedad y a la cautividad que experimenta, en tantas formas diversas, el corazón humano: formas de mendicidad espiritual que a todos nos aquejan, y que descubrimos también, si no nos dormimos, a nuestro alrededor². Aun con el peso que llevemos a nuestras espaldas, Dios espera que nuestro corazón se conmueva como el suyo, que no se insensibilice ante las necesidades de los demás. «En medio de tanto egoísmo, de tanta indiferencia —icada uno a lo suyo!—, recuerdo aquellos borriquitos de madera, fuertes, robustos, trotando sobre una mesa... —Uno perdió una pata. Pero seguía adelante, porque se apoyaba en los otros»³.

La misericordia de todos los días

San Josemaría recordaba en una ocasión su alegre experiencia de generosidad cristiana, confirmada a lo largo de los años: «conozco miles de estudiantes (...) que han renunciado a construirse su pequeño mundo privado, dándose a los demás mediante un trabajo profesional, que procuran hacer con perfección humana, en obras de enseñanza, de asistencia, sociales, etc., con un espíritu siempre joven y lleno de alegría»⁴. Donde hay un cristiano que se reconoce «como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar», encontramos «la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás. Pero si uno separa la tarea por una parte y la propia privacidad por otra, todo se vuelve gris y estará permanentemente buscando reconocimientos o defendiendo sus propias necesidades»⁵. «Hombres todos, y todos hijos de Dios, no podemos concebir nuestra vida como la afanosa preparación de un brillante curriculum, de una lucida carrera»⁶. Es lógico que nos ilusionemos con los horizontes que se abren ante nosotros en nuestro trabajo; pero esa ilusión, si no quiere ser delirio —«vanidad de vanidades» (Qo 1,2)—, debe estar inspirada por la pasión de iluminar las inteligencias, pacificar las tensiones, confortar los corazones.

Todos incidimos de un modo u otro en la cultura y en la opinión pública: no solo los escritores, los profesores o los profesionales de la comunicación. Cada uno a su modo puede hacer mucho por «enseñar al que no sabe», «dar buen consejo al que lo necesita» y «corregir al que se equivoca»: a quienes son víctimas, aun sin saberlo, de la superficialidad o de las ideologías; a quienes tienen sed de saber, de beber de las fuentes de la sabiduría humana y divina; a quienes no conocen a Cristo, «ni han visto la belleza de su rostro, ni saben la maravilla de su doctrina»⁷. El esfuerzo por pensar la fe, de modo que se perciba el resplandor de la verdad; la disposición a complicarse la vida organizando medios de formación en los contextos más diversos; la ilusión por dar forma cristiana a la propia profesión, purificándola de abusos y abriéndole horizontes; el interés de los profesores por hacer crecer a sus alumnos; la iniciativa para orientar con nuestra experiencia a quienes se abren paso en el mundo profesional; la disposición a ayudar o aconsejar a los colegas en sus dificultades; el apoyo a los jóvenes que no se deciden a formar una familia a causa de la precariedad de sus condiciones de trabajo; la nobleza y la valentía de «corregir al que se equivoca»... Estas, y otras actitudes que van mucho más allá de éticas minimalistas, dan forma a la *miserecordia ordinaria* que Dios pide a los cristianos de la calle.

Aunque sin duda conviene dar vida a proyectos allí donde tengamos posibilidad de dar una mano, el terreno habitual de la misericordia es un día a día del trabajo regido por la pasión de ayudar: ¿qué más puedo hacer? ¿a quién más puedo implicar? Todo esto es misericordia *en acto*, sin horarios, sin cálculos: «una misericordia dinámica, no como un sustantivo cosificado y definido, ni como adjetivo que decora un poco la vida, sino como verbo –*miserecordiar* y *ser misericordiad*os–»⁸.

Arropear la debilidad del otro

Este binomio –*miserecordiar* y *ser misericordiad*os– se hace eco de la bienaventuranza más específica de este año jubilar: «bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia» (Mt 5,7): se abrirá paso en ellos la misericordia, porque al darla la recibirán de lo alto. El genio de Shakespeare lo sintetizó así: «La misericordia no es obligatoria; cae como la dulce lluvia del cielo sobre la tierra que está bajo ella. Es una doble bendición: bendice al que la concede y al que la recibe»⁹.

A los misericordiosos, pues, el Señor no les promete solo clemencia y comprensión al final de sus días, sino también una medida generosa de dones –*el ciento por uno* (Mt 19,29)– para esta vida: el misericordioso percibe más intensamente cómo Dios le perdona y le comprende; se alegra a su vez perdonando y comprendiendo, aunque duela; y experimenta también la alegría de ver cómo la misericordia de Dios se *contagia*, a través de él, a los demás. «Porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Co 1,25). Cuando ahogamos el mal con abundancia de bien; cuando evitamos que la dureza de los demás nos endurezca el corazón, y no respondemos a la frialdad con más frialdad; cuando nos resistimos a volcar sobre quienes nos rodean nuestras dificultades; cuando nos esforzamos por sobreponernos a nuestra susceptibilidad y a nuestro amor propio, entonces libramos «las batallas de Dios (...). No hay más remedio

que tomarse con empeño esta hermosísima guerra de amor, si de verdad queremos conseguir la paz interior, y la serenidad de Dios para la Iglesia y para las almas»¹⁰.

Otra de las obras de misericordia espirituales consiste en «sufrir con paciencia los defectos de los demás». No se trata solo de no poner en evidencia al otro, de no señalarle con el dedo: la misericordia arropa la debilidad del otro, como los hijos de Noé¹¹, aunque al arroparle note el «olor» de sus defectos. Una misericordia distante no sería misericordia. El «olor a oveja»¹² –porque todos en la Iglesia somos «oveja y pastor»¹³– no suele ser agradable, pero exponerse a él es un sacrificio que, realizado sin aspavientos, sin que se note, tiene un aroma muy agradable a Dios: el *bonus odor Christi*¹⁴. «Cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lávate la cara, para que no adviertan los hombres que ayunas, sino tu Padre, que está en lo oculto» (Mt 6,17-18)

La misericordia invierte una fácil tendencia a ser exigentes con los demás, y transigentes con nosotros mismos. Descubrimos entonces con frecuencia que lo que nos parecía un defecto era simplemente una *etiqueta* que habíamos puesto al otro, quizá por un episodio aislado, o por una impresión a la que habíamos dado demasiada importancia; un «juicio sumario» que cristalizó, y que nos impide verle como es, porque percibimos solo esa cara negativa, ese rasgo hinchado por nuestro amor propio. La misericordia de Dios nos ayuda a evitar y, en su caso, a levantar esos dictámenes severos, de los que a veces no somos demasiado conscientes. También aquí rige aquella sentencia tan sabia de Tertuliano de que «dejan de odiar quienes dejan de ignorar, *desinunt odisse qui desinunt ignorare*»¹⁵. Un reto de la *misericordia ordinaria*, pues, es conocer mejor a quienes nos rodean, y evitar *etiquetarles*: padres, hijos, hermanos; vecinos, colegas... Además, cuando comprendemos a una persona, cuando no desesperamos de ella, la ayudamos a crecer; y en cambio, la fijación en las insuficiencias produce una tensión, un agarrotamiento con el que difícilmente brota lo mejor de cada uno. Toda nuestra relación con los demás, especialmente en la familia, debe ser «un “pastoreo” misericordioso»: sin paternalismos, «cada uno, con cuidado, pinta y escribe en la vida del otro»¹⁶

Hace falta también misericordia para llevar sin resentimiento la dureza con la que los demás a veces puedan tratarnos. No es fácil querer cuando uno recibe coces o indiferencia, pero «si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los paganos?» (Mt 5,47). El aire cristiano no se caracteriza solo por la mutua comprensión sino también por la disposición a reconciliarse cuando fallamos o cuando nos tratan con desdén. La actitud sincera de «perdonar las ofensas» es la única vía para romper las espirales de incomprensión que vemos alzarse a nuestro alrededor y que son, casi siempre, espirales de desconocimiento mutuo. No es esta una actitud idealista para ingenuos que no están en contacto con la mezquindad o con el cinismo, sino «fuerza de Dios» (1 Co 1,19): una brisa suave, capaz de derrumbar las estructuras más imponentes.

Enviados a consolar

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que

también nosotros seamos capaces de consolar a los que se encuentran en cualquier tribulación, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios» (2 Co 1,3-4). El cristiano sufre como los demás hombres; sufre a veces más por las incomprensiones o por las dificultades que le crea su fidelidad a Dios¹⁷; pero a la vez los sufrimientos se le hacen más ligeros, porque tiene el consuelo de su Padre. «Esta es tu seguridad, el fondeadero donde echar el ancla, pase lo que pase en la superficie de este mar de la vida. Y encontrarás alegría, reciedumbre, optimismo, ¡victoria!»¹⁸. El consuelo que Dios nos da nos hace capaces de consolar; nos envía al mundo a consolar, porque «nuestra tristeza infinita sólo se cura con un infinito amor»¹⁹.

Para «consolar al que está triste» es necesario aprender a leer las necesidades de los demás. Hay personas que están tristes porque experimentan la «amargura que proviene de la soledad o de la indiferencia»²⁰; otras porque están sometidas a mucha tensión y necesitan descansar: se tratará de acompañarles y, a veces, de enseñarles a descansar, porque nunca aprendieron ese arte. Un buen hijo de Dios procura emular la tarea discreta del verdadero Consolador, «descanso en el trabajo, alivio en el calor, consuelo en el llanto»²¹: atender a los demás sin hacerles notar que les estamos dedicando tiempo, sin que tengan la impresión de que les concedemos audiencia, o de que les *gestionamos*. «Estamos hablando de una actitud del corazón, que vive todo con serena atención, que sabe estar plenamente presente ante alguien sin estar pensando en lo que viene después, que se entrega a cada momento como don divino que debe ser plenamente vivido»²². Un hijo de Dios camina por la existencia con la convicción profunda de que «cada persona es digna de nuestra entrega»²³: la sonrisa, la disposición a ayudar, el interés verdadero por los demás, también por aquellos a quienes ni siquiera conocemos, pueden cambiarles el día, y a veces la vida.

Con todos, conocidos y desconocidos, nuestra misericordia encontrará un «cauce ancho, manso y seguro»²⁴ en la oración: «Interceder, pedir en favor de otro, es, desde Abraham, lo propio de un corazón conforme a la misericordia de Dios»²⁵. Por eso la Iglesia nos alienta a «rogar a Dios por vivos y difuntos». Una de nuestras alegrías en el cielo será descubrir el bien que hizo a tantas personas una brevísima oración en medio del ajetreo del tráfico o del transporte público, a veces quizá como respuesta misericordiosa a un gesto poco amable; la esperanza que Dios inspiró, por nuestra intercesión, a quienes sufrían por cualquier motivo; el consuelo que recibieron vivos y difuntos por nuestro recuerdo – *memento*– en la Santa Misa, metidos en la oración de Jesús al Padre, en el Espíritu Santo.

Acabamos así este breve recorrido por las obras de misericordia, que son en realidad «infinitas, cada una con su sello personal, con la historia de cada rostro. No son solamente las siete corporales y las siete espirituales en general. O más bien, estas, así numeradas, son como las materias primas –las de la vida misma–: cuando las manos de la misericordia las tocan y las moldean, se convierten cada una de ellas en una obra artesanal. Una obra que se multiplica como el pan en las canastas, que crece desmesuradamente como la semilla de mostaza»²⁶.

* * *

1. Francisco, 3ª meditación en el Jubileo de los sacerdotes, 2-VI-2016.
2. El *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* las enumera así: enseñar al que no sabe; dar buen consejo al que lo necesita; corregir al que yerra; perdonar las injurias; consolar al triste; sufrir con paciencia los defectos de los demás; rogar a Dios por vivos y difuntos.
3. San Josemaría, *Forja*, 563.
4. San Josemaría, *Conversaciones*, 75.
5. Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), 273.
6. San Josemaría, *Amigos de Dios*, 76.
7. San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 179.
8. Francisco, 1ª meditación en el Jubileo de los sacerdotes, 2-VI-2016.
9. W. Shakespeare, *El mercader de Venecia*, Acto IV, Escena I. Cfr. Francisco, Mensaje para la 50 Jornada mundial de las comunicaciones sociales, 24-I-2016.
10. San Josemaría, Apuntes tomados de una meditación, II-1972, citado en *Es Cristo que pasa*, Edición crítico-histórica preparada por Antonio Aranda, Rialp 2013, 8d.
11. Cfr. *Gn* 9,22-23.
12. Francisco, Homilía, 28-III-2013.
13. Cfr. Javier Echevarría, Carta Pastoral, 1-VIII-2007.
14. Cfr. *2 Cor* 2,15.
15. Tertuliano, *ad Nationes*, 1, 1. También San Agustín aborda esta cuestión en *In Evangelium Ioannis Tractatus*, 89 y 90.
16. Francisco, Ex. Ap. *Amoris Laetitia* (19-III-2016), 322.
17. Los salmos se hacen eco con frecuencia de esta dificultad del creyente. Cfr. p.ej. *Sal* 42 (41),10-12; 44 (43),10-26; 73 (72).
18. *Via Crucis*, VII estación, 3.
19. Francisco, *Evangelii Gaudium*, 265.
20. San Josemaría, Discurso en el Centro ELIS, con motivo de su inauguración, 21-XI-1965 (en *Josemaría Escrivá de Balaguer y la universidad*, Pamplona, Eunsu 1993, 84).
21. Misal Romano, Pentecostés, Secuencia *Veni Sancte Spiritus*
22. Francisco, Enc. *Laudato si'* (24-V-2015), 226
23. Francisco, *Evangelii Gaudium*, 274.
24. *Amigos de Dios*, 306.
25. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2635.
26. Francisco, 3ª meditación en el Jubileo de los sacerdotes, 2-VI-2016. Cfr. *Mt* 13,31-32; 14,19-20.

DEVUÉLVEME LA ALEGRÍA DE TU SALVACIÓN

Misericordia y conversión

Miserere mei, Deus, secundum misericordiam tuam—«ten misericordia de mí, Dios mío, según tu bondad» (*Sal* 51 [50],3). Desde hace tres milenios, el salmo *miserere* ha alimentado la oración de cada generación del Pueblo de Dios. Las *Laudes* de la Liturgia de las horas lo recogen semanalmente, los viernes. San Josemaría, y sus sucesores, lo rezan cada noche¹, expresando con el cuerpo el tenor de las palabras que componen este «*Magnificat* de la misericordia», como lo ha llamado recientemente el Papa: «el *Magnificat* de un corazón contrito y humillado que, en su pecado, tiene la grandeza de confesar al Dios fiel que es más grande que el pecado»².

El salmo *miserere* nos sumerge en «la más profunda meditación sobre la culpa y la gracia»³. La tradición de Israel lo pone en labios de David, cuando el profeta Natán le reprochó, de parte de Dios, el adulterio con Betsabé y el asesinato de Urías⁴. El profeta no echó directamente en cara al rey su pecado: se sirvió de una parábola⁵, para que fuera el mismo David quien llegara a reconocerlo. *Peccavi Domino*, «pequé contra el Señor» (2 *S* 12,13): el *miserere* —ten misericordia, *misericórdiame*— que sale del corazón de David expresa también su desolación interior, y la conciencia del dolor que ha sembrado a su alrededor. La percepción del alcance de su pecado —Dios, los demás, él mismo— le lleva a buscar su refugio y su curación en el Señor, el único que puede arreglar las cosas: «en su presencia tranquilizaremos nuestro corazón, aunque el corazón nos reproche algo, porque Dios es más grande que nuestro corazón y conoce todo» (1 *Jn* 3,20).

Porque no saben lo que hacen

Del pecado vemos sobre todo, en un primer momento, la liberación que parece prometer: emanciparse de Dios, para ser verdaderamente nosotros mismos. Pero la aparente liberación —espejismo— se convierte muy poco después en una carga pesada. El hombre fuerte y autónomo, que creía poder silenciar su conciencia, llega tarde o temprano a un momento en que se desarma: el alma no puede más; «no le bastan las explicaciones habituales, no le satisfacen las mentiras de los falsos profetas»⁶. Es el inicio de la conversión, o de una de las «sucesivas conversiones» de nuestra vida, que son «más importantes aún y más difíciles»⁷.

El proceso no es siempre tan rápido como en la historia del rey David. La ceguera que precede y acompaña al pecado, y que crece con el pecado mismo, puede prolongarse después; nos engañamos con justificaciones, nos decimos que la cosa no tiene tanta entidad... Es una situación que también nos encontramos con frecuencia a nuestro alrededor, «en un mundo a menudo duro con el pecador e indulgente con el pecado»⁸: duro con el pecador, porque en su conducta se percibe claramente lo corrosivo del pecado; pero

indulgente con el pecado, porque reconocerlo como tal significaría prohibirse ciertas «libertades». Todos estamos expuestos a este riesgo: ver lo feo del pecado en los demás, sin condenar el pecado en nosotros mismos. No solo nos falta misericordia entonces: nos hacemos también incapaces de recibirla.

La ofuscación del pecado y de la tibieza tiene algo de autoengaño, de ceguera querida –queremos *no ver*, hacemos como que no vemos–, y por eso requiere el perdón de Dios. Jesús ve así el pecado cuando dice desde la Cruz: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Perderíamos la profundidad de esta palabra del Señor si la viéramos como una mera disculpa amable, que ocultara el pecado. Cuando nos alejamos de Dios, *sabemos y no sabemos* lo que hacemos. Nos damos cuenta de que no obramos bien, pero olvidamos que por ahí no vamos a ninguna parte. El Señor se apiada de ambas cosas, y también de la profunda tristeza en la que nos quedamos después. San Pedro sabía y no sabía lo que hacía cuando negaba al Amigo. Después «lloró amargamente» (Mt 26,75), y las lágrimas le dieron una mirada más limpia, y más lúcida.

«La misericordia de Cristo no es una gracia barata; no implica trivializar el mal. Cristo lleva en su cuerpo y en su alma todo el peso del mal, toda su fuerza destructora. Quema y transforma el mal en el sufrimiento, en el fuego de su amor doliente»⁹. Su palabra de perdón desde la Cruz –«no saben lo que hacen»– deja entrever su proyecto misericordioso: que volvamos a la casa del Padre. Por eso también desde la Cruz nos confía a la protección de su Madre.

La nostalgia de la casa del Padre

«La vida humana es, en cierto modo, un constante volver hacia la casa de nuestro Padre»¹⁰. La conversión, y las conversiones, comienzan y recomienzan con la constatación de que nos hemos quedado de algún modo sin hogar. El hijo pródigo siente la «nostalgia por el pan recién horneado que los empleados de su casa, la casa de su padre, comen para el desayuno. La nostalgia es un sentimiento poderoso. Tiene que ver con la misericordia porque nos ensancha el alma (...). En este horizonte amplio de la nostalgia, este joven –dice el Evangelio– entró en sí y se sintió miserable. Y cada uno de nosotros puede buscar o dejarse llevar a ese punto donde se siente más miserable. Cada uno de nosotros tiene su secreto de miseria dentro... Hace falta pedir la gracia de encontrarlo»¹¹.

Fuera de la casa del padre –recapacita el hijo pródigo– está en realidad fuera de su misma casa. La redescubre: el lugar que se le antojaba como un obstáculo para su realización personal se revela como el hogar que nunca debió haber abandonado. También quienes están dentro de la casa del padre pueden estar con el corazón fuera. Así sucede con el hermano mayor de la parábola: aunque no se había ido, su corazón estaba lejos. Para él rigen también esas palabras del profeta Isaías, a las que Jesús se referirá en su predicación: «Este pueblo (...) me honra con sus labios pero su corazón está lejos de mí» (Is 29,13)¹². El hermano mayor «no dice nunca “padre”, no dice nunca “hermano”; piensa sólo en sí mismo, hace alarde de haber permanecido siempre junto al padre y de haberlo servido (...) ¡Pobre padre! Un hijo se había marchado, y el otro nunca había sido verdaderamente cercano. El

sufrimiento del padre es como el sufrimiento de Dios, el sufrimiento de Jesús cuando nosotros nos alejamos o porque nos marchamos lejos o porque estamos cerca sin ser cercanos»¹³. Habrá momentos de nuestra vida en que, aunque quizá no nos hayamos alejado como el hijo menor, percibiremos más fuertemente hasta qué punto somos como el hijo mayor. Son momentos en los que Dios nos da más luz: nos quiere más cerca de su corazón. Son momentos de nueva conversión.

En la conversación entre el hermano mayor y el padre¹⁴, salta a la vista, frente a la ternura del corazón del padre, la dureza del corazón del hijo: su respuesta amarga deja adivinar cómo había perdido la alegría de estar en la casa de su padre. Por eso mismo había perdido la capacidad de alegrarse con él y con su hermano. Para uno y otro tenía solamente reproches: solo veía sus fallos. «Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás (...), ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente»¹⁵.

El padre se sorprende también ante esa dureza, e intenta ablandar el corazón de aquel hijo que, aunque había permanecido con él, suspiraba –quizá sin ser él mismo muy consciente– por el egoísmo alocado del hermano pequeño; el suyo era un egoísmo más «razonable», más sutil, y quizá más peligroso. El padre intenta darle explicaciones: «había que celebrarlo y alegrarse, porque ese hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida» (*Lc* 15,32). Con fortaleza de padre y ternura de madre, le reconviene, como diciéndole: Hijo mío, deberías alegrarte: ¿qué te pasa en el corazón? «También él necesita descubrir la misericordia del padre»¹⁶: tiene necesidad de descubrir esa nostalgia de la casa del Padre, ese dolor suave que nos hace volver.

Devuélveme el gozo de tu salvación

Tibi, tibi soli peccavi et malum coram te feci, –«contra Ti, contra Ti solo he pecado, y he hecho lo que es malo a tus ojos» (*Sal* 51 [50],6). El Espíritu Santo, que «convencerá al mundo en lo referente al pecado»¹⁷, es quien nos hace ver que esa nostalgia, ese malestar, no es solo un desequilibrio interior; tiene su origen más profundo en una relación herida: nos hemos alejado de Dios; le hemos dejado solo, y *nos hemos dejado solos*. «*In multa defluximus*»¹⁸, escribe San Agustín: cuando nos apartamos de Dios, nos desparramamos en muchas cosas, y nuestra casa se queda desierta¹⁹. El Espíritu Santo es quien nos mueve a volver a Dios, que es el único que puede perdonar los pecados²⁰. Como aleteaba sobre las aguas desde el inicio de la creación²¹, así aletea ahora sobre las almas. Él movió a la mujer pecadora a acercarse, sin palabras, a Jesús; y la misericordia de Dios la acogió sin que los comensales entendieran el porqué de las lágrimas, el perfume, los cabellos²²: Jesús, radiante, dijo de ella que se le había perdonado mucho porque había amado mucho²³.

La nostalgia de la casa del Padre es nostalgia de cercanía, de misericordia divina; necesidad de volver a poner «el corazón en carne viva, humana y divinamente transido por un amor recio, sacrificado, generoso»²⁴. Si nos acercamos, como el hijo menor, hasta el regazo del Padre, allí comprendemos que la medicina para nuestras heridas es Él mismo,

Dios mismo. Entra entonces en escena un «tercer hijo»: Jesús, que nos lava los pies, Jesús, que se ha hecho siervo por nosotros. Él es «el que "siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo" (Fil 2,6-7). ¡Este Hijo-Siervo es Jesús! Es la extensión de los brazos y del corazón del Padre: Él ha acogido al pródigo y ha lavado sus pies sucios; Él ha preparado el banquete para la fiesta del perdón»²⁵.

Cor mundum crea in me, Deus –«Crea en mí, Dios mío, un corazón puro» (Sal 50 [51],12). El salmo vuelve una y otra vez sobre la pureza del corazón²⁶. No es cuestión de narcisismo, ni de escrúpulo, porque «el cristiano no es un maníaco coleccionista de una hoja de servicios inmaculada»²⁷. Es cuestión de amor: el pecador arrepentido está dispuesto a hacer lo necesario para curar su corazón, para recuperar la alegría de vivir con Dios. *Redde mihi laetitiam salutaris tui* –«devuélveme el gozo de tu salvación» (Sal 51 [50],14): cuando se ven así las cosas, la confesión no es una cuestión fría, como una especie de trámite administrativo. «Puede hacernos bien preguntarnos: Después de confesarme, ¿festejo? ¿O paso rápido a otra cosa, como cuando después de ir al médico, uno ve que los análisis no dieron tan mal y los mete en el sobre y pasa a otra cosa?»²⁸.

Quien festeja, aprecia: agradece el perdón. Y ve entonces la penitencia como algo más que una mera diligencia para restablecer la justicia: la penitencia es una exigencia del corazón, que experimenta la necesidad de respaldar sus palabras –pequé, Señor pequé– con la vida. Por eso, san Josemaría aconsejaba a todos a tener «espíritu de penitencia»²⁹. «Un corazón contrito y humillado» (Sal 51 [50],19) comprende que resulta necesario un camino de retorno, de reconciliación, que no se hace de la noche a la mañana. Como es el amor el que tiene que recomponerse, para adquirir una nueva madurez, es él mismo el remedio: «amor con amor se paga»³⁰. La penitencia, pues, es el cariño que lleva a querer sufrir –alegres, sin darnos importancia, sin «cosas raras»³¹– por todo lo que hemos hecho sufrir a Dios y a los demás. Ese es el sentido de uno de los modos que el Ritual propone al sacerdote para despedirse del penitente tras la absolución; el confesor nos dice: «que el bien que hagas y el mal que puedas sufrir te sirvan como remedio de tus pecados»³². Además, «¡qué poco es una vida para reparar!»³³. La vida entera es alegre contrición: con un dolor confiado –sin angustias, sin escrúpulos– porque *cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias* (Sal 51 [50],19) –«un corazón contrito y humillado, Dios mío, no lo desprecias».

Carlos Ayxelá

* * *

1. Cfr. A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, tomo III, Rialp, Madrid 2003, p. 395.

2. Francisco, 1ª meditación en el Jubileo de los sacerdotes, 2-VI-2016.

3. San Juan Pablo II, Audiencia, 24-X-2001.

4. Cfr. 2 S 11, 2 ss.
5. Cfr. 2 S 12, 2-4.
6. San Josemaría, *Amigos de Dios*, 260.
7. San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 57.
8. Francisco, Homilía, 24-XII-2015.
9. Card. Joseph Ratzinger, Homilía, *Missa pro eligendo pontifice*, 18-IV-2005.
10. *Es Cristo que pasa*, 64.
11. Francisco, 1ª meditación en el Jubileo de los sacerdotes, 2-VI-2016.
12. Cfr. *Mt* 15,8.
13. Francisco, Audiencia, 11-V-2016.
14. Cfr. *Lc* 15,28-32.
15. Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), 2.
16. Francisco, Audiencia, 11-V-2016.
17. Cfr. *Jn* 16,8. Así traduce San Juan Pablo II estas palabras de la oración sacerdotal de Jesús, sobre las que meditó profundamente en la encíclica *Dominum et vivificantem* (18-V-1986), 27-48.
18. San Agustín, *Confesiones* X.29.40.
19. Cfr. *Mt* 23,38.
20. Cfr. *Lc* 7,48.
21. Cfr. *Gen* 1,2.
22. Cfr. *Lc* 7,36-50.
23. Cfr. *Lc* 7,47.
24. *Amigos de Dios*, 232.
25. Francisco, Angelus, 6-III-2016.
26. Cfr. *Sal* 50 (51), 4, 9, 11, 12, 19.
27. *Es Cristo que pasa*, 75.
28. Francisco, Homilía, 24-III-2016.
29. Cfr. San Josemaría, *Forja*, 784; *Amigos de Dios*, 138-140, acerca del espíritu de penitencia, y sus diversas manifestaciones.
30. *Forja*, 442.
31. *Forja*, 60.
32. *Ritual de la Penitencia*, 104.
33. San Josemaría, *Vía Crucis*, VII estación.

Epílogo

MARÍA, MADRE DE LA MISERICORDIA

Cuando Gabriel le comunica la noticia alegre, el *evangelion* que, desde la humildad de un pueblo de Galilea, cambiará la vida de los hombres para siempre¹, «la Señora del dulce nombre, María, está recogida en oración»². El Señor también ha escuchado a Isabel, le dice el ángel a la Virgen, antes de retirarse. Santa María reposa unos instantes las palabras de Gabriel: se abre paso en su interior una alegría que le ensancha el alma y que, a la vez, la recoge en adoración del Dios escondido, *latens Deitas*³, que ahora alberga en su seno. Al poco, está ya saliendo para la montaña: su prima quizá necesita que le dé una mano; y, casi más, necesita también ella ir a verla, porque no cabe en su gozo, y no sabe de nadie más con quien pueda compartir ese feliz secreto, además de José. Santa María es ya en este momento «imagen de la futura Iglesia que, en su seno, lleva la esperanza del mundo por los montes de la historia»⁴.

Si nadie como una madre percibe la alegría de vivir que palpita en un recién nacido, la felicidad de la Virgen y de su prima, a la que se asoman las vecinas de Ain Karim, es mucho más intensa: Dios ha tomado la iniciativa; ha escogido la tierra fértil de su generosidad y de su abandono, y ha inaugurado en ellas la verdadera primavera de la historia. Mientras el gran mundo intenta vivir de sus alegrías inciertas, en este rincón de Judea estalla, silenciosamente, la alegría de Dios. San Lucas nos cuenta que, al saludar María a Isabel, san Juan Bautista da un brinco de alegría en el seno de su Madre. Como el profeta David bailaba y brincaba en torno al Arca de la Alianza, así ahora el mayor de «entre los nacidos de mujer», aquel que es «más que un profeta» (*Mt* 11,9.11), salta a la llegada de Santa María, la nueva Arca de la Alianza. También en esto, el Bautista es precursor del Hijo de David; como dirá de sí mismo al cabo de los años, él es «el amigo del esposo, que (...) se alegra con la voz del esposo» (*Jn* 3,29). Y ya ahora, al oír a la Madre del Esposo, movido por el Espíritu Santo, es profeta sin palabras de la alegría del Evangelio.

Se alegra mi espíritu en Dios

«El Señor, tu Dios, está en medio de ti como poderoso Salvador. Él disfrutará de ti con alegría, te renovará su amor, se regocijará en ti con canto alegre, como en los días de fiesta» (*So* 3,17-18). San Lucas tenía bien presente al profeta Sofonías cuando relataba estos momentos de la vida de la Virgen. La alegría, íntima y desbordante a la vez, que Santa María ha contenido en sus días de viaje desde Nazaret, y que se contagia instantáneamente a santa Isabel y a san Juan, encuentra ahora su cauce en el *Magnificat*, canto de alegría y de misericordia⁵. «Nuestra Madre ha meditado largamente las palabras de las mujeres y de los hombres santos del Antiguo Testamento, que esperaban al Salvador, y los sucesos de que han sido protagonistas. Ha admirado (...) el derroche de la misericordia de Dios con su

pueblo, tantas veces ingrato. Al considerar esta ternura del Cielo, incesantemente renovada, brota el afecto de su Corazón inmaculado: mi alma glorifica al Señor»⁶.

«Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador». Santa María es hija de un pueblo mediterráneo, de una tierra donde se canta y se baila: su emoción íntima, que viene del fondo del alma, se exterioriza en gestos y exclamaciones. «A veces no os bastará hablar, tendréis necesidad de cantar por amor (...) andaréis por el mundo, dando luz, como hachones encendidos que chispean fuego»⁷. La alegría de María no se explica solo porque Dios ha entrado en su vida, sino porque, a través de Ella, el Hijo de Dios se hecho uno de nosotros, «acordándose de su misericordia (...) para siempre».

La Iglesia se reconoce en el *Magnificat*, «el cántico del Pueblo de Dios que camina en la historia»⁸, y por eso lo rememora a diario en el oficio de Vísperas. Con Santa María, no canta una alegría pequeña e individual: canta la alegría de la humanidad entera; una alegría que proviene de la esperanza en «Dios mi salvador». La Iglesia *sabe* que Dios es más fuerte que el mal. «Lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Co 1,25): la fuerza de los «poderosos» y los «soberbios de corazón», que hacen la guerra a «aquellos que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (Ap 12,17), y amenazan con aplastar el Amor de Dios, no es más que fuerza exterior, ruido, vanidad: «como polvo que dispersa el viento» (Sal 1,4).

«Nuestra tristeza infinita solo se cura con un infinito amor»⁹: la misericordia es el amor alegre de Dios que viene al encuentro de un mundo entristecido, un «valle de lágrimas»¹⁰. Dios «sale como esposo de su alcoba, alegre, como un héroe, a recorrer su camino» (Sal 19 [18],7): viene con su cariño, con su perdón, con su comprensión... Viene sobre todo con la alegría del Espíritu Santo, caridad increada, que es la fuente continua de su misericordia, porque solo desde la alegría se tienen fuerzas para perdonar sin reservas y sin límites. Esta alegría de Dios es también el horizonte de su misericordia, porque nos ha creado para Él; quiere salvarnos de la tristeza del pecado para darnos una felicidad que nadie nos podrá quitar¹¹.

Dios ha confiado esta alegría a su Iglesia, y nadie se la puede quitar, «a pesar de los pesares»¹². Por eso canta con María: «me llamarán bienaventurada todas las generaciones». Todas las generaciones de los hombres acaban encontrando en la Iglesia una Madre que, a través de las crisis y tragedias de la historia, y aun en su sufrimiento por los hijos o los extraños que la maltratan o la desprecian, rebosa de la alegre salvación de Dios, y ofrece incansablemente a todos su misericordia. Como María en su *Magnificat*, la Iglesia sobrevuela en cierto modo la historia¹³; Ella custodia la alegría de la Resurrección y vislumbra, entre tanto dolor y miseria, tanta santidad oculta y fecunda: la misericordia de Dios que «se derrama de generación en generación sobre los que le temen».

Los pobres de Dios

El *Magnificat* está impregnado de «la espiritualidad de los *anawim* bíblicos, es decir, de los fieles que se reconocían “pobres” no solo por su alejamiento de cualquier tipo de idolatría de

la riqueza y del poder, sino también por la profunda humildad de su corazón, (...) abierto a la irrupción de la gracia divina salvadora»¹⁴. Santa María, y nosotros con ella, no canta su propia grandeza: canta su pequeñez —«la humildad de su esclava»—, y las «cosas grandes» que Dios ha hecho en Ella. «*Magnificat anima mea Dominum*»: todas las generaciones y todas las culturas han puesto y seguirán poniendo música a estas palabras, que podrían traducirse así: «Qué grande es Dios, qué bien hace las cosas». El entusiasmo de María en Ain Karim resonará tres décadas después en los labios de su Hijo, en el momento en que quizá la alegría de Jesús se expande más claramente en los evangelios. Es bonito observar que las notas de su alegría son las mismas que en el *Magnificat* de su Madre: «En aquel mismo momento se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños» (Lc 10,21)¹⁵. Esta predilección de Dios por lo pequeño encierra un profundo misterio. Dios queda “desarmado” ante los sencillos; su lenguaje, aparentemente ingenuo e inofensivo, «derriba de su trono a los poderosos». La misericordia nos muestra el verdadero rostro de Dios y el «poder de su brazo», que acaba siempre venciendo. «De la boca de los pequeños y de los niños de pecho has preparado alabanza frente a tus adversarios, para acabar con enemigos y rebeldes» (Sal 8,3).

Cuando Juan envía a sus discípulos a preguntar a Jesús si él es «el que ha de venir» (Mt 11,3), el Señor desglosa, con palabras del profeta Isaías¹⁶, los signos de la presencia de Dios en medio de su pueblo, entre los que brilla este: «a los pobres se les anuncia el Evangelio» (Lc 7,22). Los pobres, en la Biblia, son quienes esperaban la visita de Dios. Zacarías era un pobre y por eso supo que «por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, el Sol naciente» nos visitaría «desde lo alto» (Lc 1,78); Simeón era pobre, y por eso sus ojos vieron la salvación¹⁷.

Esta pobreza no es pobretería del alma ni estrechez de miras; ni significa ausencia de letras: los magos de Belén, que pertenecían seguramente a la élite cultural de su tierra, eran «pobres en el espíritu» (Mt 5,3); su actitud contrasta con la suficiencia de los escribas, la ansiedad de Herodes y la curiosidad efímera de Jerusalén donde, pasada la trepidación por la llegada de los Magos y su pregunta acerca del Rey que estaba por nacer, no parece que nadie más volviera a interesarse por el asunto. Estos sabios tenían la sencillez de los pastores de Belén; tenían corazón para entender, ojos para ver, oídos para escuchar¹⁸, y por eso pudieron contarse entre los primeros en adorarlo.

«Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava (...). Su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen». La mirada misericordiosa de Dios se posa en quienes pueden acogerla, porque reconocen con el salmista: «Yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor se cuida de mí» (Sal 40 [39],18). Dios “necesita” nuestra pobreza para entrar en el alma: «Jesús no sabe qué hacer con la astucia calculadora, con la crueldad de corazones fríos, con la hermosura vistosa pero hueca. Nuestro Señor estima la alegría de un corazón mozo, el paso sencillo, la voz sin falsete, los ojos limpios, el oído atento a su palabra de cariño. Así reina en el alma»¹⁹.

Hija y Madre de la misericordia

Santa María es Hija de Dios y Madre de Dios: *genuisti qui te fecit*²⁰; engendró a Aquel que la había creado, y que la había redimido, ciertamente de un modo especial que la distingue de todo el género humano: «María recibió en su concepción la bendición del Señor y la misericordia de Dios, su salvador»²¹. Ella es por eso la primera Hija de la misericordia de Dios. Y a la vez que Hija, es Madre del Dios de misericordia: por eso la llamamos *Mater misericordiæ*, Madre de la misericordia. «Dirijamos a ella la antigua y siempre nueva oración del *Salve Regina*, para que nunca se canse de volver a nosotros sus ojos misericordiosos y nos haga dignos de contemplar el rostro de la misericordia, su Hijo Jesús»²². San Josemaría nos enseñó que «a Jesús siempre se va y se “vuelve” por María»²³. Nuestra Madre disuelve la soberbia de nuestros corazones y nos ayuda a hacernos pequeños, para que Dios ponga los ojos en nuestra humildad y nazca Jesús en nosotros. Acudamos a Ella con confianza de hijos, en tantos pequeños detalles de cariño; uno, que San Josemaría aconsejaba a los fieles del Opus Dei, es besar el rosario antes de rezar el Salmo 2, cada martes.

Todas las generaciones la han llamado y la «llamarán bienaventurada», porque «el amor trae consigo la alegría, pero es una alegría que tiene sus raíces en forma de cruz»²⁴: con su Hijo, Santa María sufrió en el Calvario «el dramático encuentro entre el pecado del mundo y la misericordia divina»²⁵. La *Piedad*, como ha venido a llamarse la escena de la Virgen con su Hijo muerto entre los brazos, expresa intensamente esta participación íntima de nuestra Madre en la misericordia de Dios. «Piedad» traduce precisamente el hebreo *jésed*, uno de los conceptos con los que la Biblia expresa la misericordia de Dios. En la Cruz, despreciado por los hombres, Dios protege más que nunca «a Israel su siervo, recordando su misericordia». Cuando los hombres se olvidan de las misericordias del Señor, Dios las lleva hasta el extremo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo (...). Aquí tienes a tu madre» (*Jn* 19,26-27). Estas palabras que el Señor decía desde la Cruz a su Madre y a cada uno de nosotros²⁶, manifiestan «el misterio de una especial misión salvífica. Jesús nos dejaba a su madre como madre nuestra. Sólo después de hacer esto Jesús pudo sentir que “todo está cumplido” (*Jn* 19,28)»²⁷. Nos acogemos a su protección, para que nos haga misericordiosos como el Padre: «Ella agrandará nuestro corazón y nos hará tener entrañas de misericordia»²⁸.

Carlos Ayxelá

* * *

1. Cfr. *Lc* 1,26-38.
2. San Josemaría, *Santo Rosario*, 1º misterio gozoso.
3. Cfr. Himno *Adoro te devote*.
4. Benedicto XVI, Enc. *Spe salvi* (30-XI-2007), 50.
5. Cfr. *Lc* 1,46-55.

6. San Josemaría, *Amigos de Dios*, 241.
7. San Josemaría, *Carta 11-III-1940*, 30.
8. Francisco, Homilía, 15-VIII-2013.
9. Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), 265.
10. Antífona *Salve Regina*.
11. Cfr. *Jn* 16, 22.
12. San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 131.
13. En el original griego, el *Magnificat* «tiene siete verbos en aoristo, que indican otras tantas acciones que el Señor realiza de modo permanente en la historia: “Hace proezas...; dispersa a los soberbios...; derriba del trono a los poderosos...; enaltece a los humildes...; a los hambrientos los colma de bienes...; a los ricos los despide vacíos...; auxilia a Israel”» (Benedicto XVI, *Audiencia*, 15-II-2006).
14. Benedicto XVI, *Audiencia*, 15-II-2016.
15. Cfr. *Mt* 11,25-27.
16. Cfr. *Is* 42,7.18; 61,1; *Lc* 7,19-20; *Mt* 11,2-3.
17. Cfr. *Lc* 2,30.
18. Cfr. *Dt* 29,3.
19. *Es Cristo que pasa*, 181.
20. *Misal Romano*, Común de la Virgen María, Antífona de entrada.
21. *Liturgia de las horas*, 8 de diciembre, *Officium lectionis*, Antífona.
22. Francisco, Bula *Misericordiæ Vultus* (11-IV-2015), 24.
23. San Josemaría, *Camino*, 495.
24. *Es Cristo que pasa*, 43.
25. Francisco, *Evangelii gaudium*, 285.
26. Cfr. San Juan Pablo II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17-IV-2003), 57.
27. Francisco, *Evangelii gaudium*, 285.
28. San Josemaría, “El compromiso de la verdad” (9-V-1974), en *Josemaría Escrivá y la Universidad*, Pamplona: Eunsa, 1993, 109.

[Compartir este libro...](#)

© Copyright

Oficina de Información del Opus Dei, 2016

www.opusdei.org